

ÁNGEL GUIMERÁ

REY Y MONJE

TRAGEDIA EN TRES ACTOS Y EN VERSO

TRADUCIDA EN VERSO CASTELLANO

POR

EDUARDO MARQUINA

MADRID
EDITORIAL REUS (S. A.)
1922

BIBLIOTECA LITERARIA

DE

AUTORES ESPAÑOLES Y EXTRANJEROS

VOLUMEN IV

OBRAS DE EDUARDO MARQUINA

POESÍA	Pesetas
Odas. (Agotada)	»
Elegías. (Segunda edición, popular)	1
Vendimión. (Agotándose)	3,50
Tierras de España	3,50

TEATRO	
El Pastor. (Poema dramático, en verso; agotada)	»
Benvenuto Cellini. (Biografía dramática, en prosa)	2
Rincón de Montaña. (Drama rural, en cuatro actos, agotada).	»
Las Hijas del Cid. (Premio de la Real Academia Española). En verso, segunda edición	3,50
Doña María la Brava. (En verso, tercera edición)	3,50
En Flandes se ha puesto el sol. (Premio de la Real Academia Española). Cuarta edición	3,50
La Alcaidesa de Pastrana. (Primera parte de la Trilogía *Teresa de Jesús.)* En verso; agotada	»
Cuando florezcan los rosales. (Comedia sentimental, en tres actos, en prosa). Agotada	»
Por los pecados del Rey. (Drama en verso)	3,50
La Hiedra. (Tragedia vulgar, en prosa)	3,50
El Retablo de Agrellano. (Drama religioso-fantástico, en verso)	3,50
Las flores de Aragón. (Comedia histórica, en verso)	3,50
Una mujer. (Comedia sentimental, en prosa, edición popular)	2
El Gran Capitán. (Leyenda de amor caballeresco, agotándose)	3,50
La Morisca. (Balada en verso, para el drama lírico de *J. Pahissa)*	2
Alimaña. (Drama en prosa).—*La princesa juega.*	3,50

Obras nuevas en prensa

Recogimiento. (Versos)	3,50
Teresa de Jesús. (Trilogía)	3,50

ANGEL GUIMERÁ

REY Y MONJE

TRAGEDIA EN TRES ACTOS Y EN VERSO

TRADUCIDA EN VERSO CASTELLANO

POR

EDUARDO MARQUINA

MADRID
EDITORIAL REUS (S. A.)
Impresor de las Reales Academias de la Historia
y de Jurisprudencia y Legislación
CAÑIZARES, 3 DUP.º
1922

Talleres tipográficos EDITORIAL REUS (S. A.)
Ronda de Atocha, 15 duplicado. (670).

PERSONAS DE LA TRAGEDIA

Jimena
Inés
Ramiro
Galín
Atarés
Lisana
Cornel
Valterra
Fray Güildo
Fray Wifredo

Damas, monjes, caballeros, pajes, heraldos y soldados.

SIGLO XII

ACTO PRIMERO

Cámara, en el Monasterio de San Juan de la Peña. Al fondo, y en la derecha, el arco de una capilla que deja ver el altar; al otro lado del fondo, gran puerta comunicando con otra cámara, en la que habrá una ventana A la derecha del escenario, la puerta de la habitación del Rey, cubierta de un tapiz. A la izquierda, dos puertas más pequeñas. Muebles severos; una lámpara sobre una mesa, dando escasa claridad. Por la ventana no ha de entrar luz hasta que se indica que nace el día; entonces, gradualmente, se ilumina la escena.

ESCENA PRIMERA

JIMENA, INÉS, GALÍN, LISANA, CORNEL

(En primer término, Lisana y Cornel pasean. En segundo término, cerca de la puerta de la derecha, Jimena está hilando e Inés borda. Ambas están sentadas. Galín permanece en pie, junto a Jimena, y con los ojos clavados en Inés.)

CORNEL

¿Y no os cansa velar la noche entera?

LISANA

Deber es nuestro; y el deber no cansa.

CORNEL

A mis años, tal vez; a vuestros años...

LISANA

¿Qué me decís, Cornel?... Si el Rey padece,
debe el vasallo padecer. Soy viejo,
pero leal; mientras los pies me lleven
yo serviré a mi Rey... ¿Qué se dijera,
no haciendo tal, del Conde de Lisana?

(**Suenan, confusas, tres campanadas. Lisana y Cornel se detienen y se descubren. Jimena e Inés interrumpen su labor. Galín no parece haber oído.**)

CORNEL

Sonó el Ave María... Se aproxima
la luz del sol.

LISANA

¡Que nos conforte a todos,
en el nombre de Dios!

CORNEL

¡Que le devuelva
la salud al gran Rey!

LISANA

Recemos.

(**Pausa.**)

JIMENA

Hijo,
¿no rezas?

GALÍN

¡Ah! sí, madre... No escuchaba...

(Inés ha ido hasta la ventana y vuelve a sentarse.)

INÉS

Todavía chispean las estrellas.

(Vuelven a pasear Lisana y Cornel; Inés y Jimena, a trabajar; Galín sigue distraído, contemplando a Inés.)

JIMENA

(Rezando, en voz baja.)

¡Nuestra Señora de la Val de Silos!...
Yo os encomiendo al Rey, Señora nuestra,
cuando se pone el sol y cuando apunta:
Santa María, conservad su vida.

LISANA

(Mirando a la Virgen de la capilla.)

Escuchadla.

CORNEL

Lo hará. ¡Cuidan los cielos
del trono de Sobrarbe!

LISANA

Amén...

CORNEL

¿Acaso
lo dudáis vos?

LISANA

Dios no lo quiera; pero
desconfío...

CORNEL

¿De qué? Yo os aseguro
que es, más que enfermedad, melancolía
la postración del Rey Alfonso; en Fraga
fué vencido, y la afrenta le consume.

LISANA

Aun siendo así, Cornel... El Rey mejora;
digamos que se salva... ¿Y después?

CORNEL

Lanza
de nuevo, su corcel, contra los moros,
riñe, triunfa...

LISANA

¿Y después?

CORNEL

Celebra pactos,
enclavando las lindes de estos reinos
en los reinos vecinos...

LISANA

Sea ¿y luego?

CORNEL

Pues ¡vive Dios! y luego, un día, muere,
tranquilo el corazón, su obra cumplida.

LISANA

¡No, vive Dios!... que morirá, mordido
de espantosa inquietud... ¿Quién hay, que pueda

sus reinos heredar? Sin descendencia,
todos irán a arrebatar el cetro
de manos del cadáver...

CORNEL

Cierto.

(Galín ha salido por la puerta de la derecha.)

LISANA

¿Es esto
desesperar de Dios?... Pues esto, un día,
lo hemos de ver; ¡y sobre los despojos
del Rey, el clero, la nobleza, el pueblo
reñirán por el trono, a puros golpes
de cruces, de herramientas y de espadas!...

CORNEL

La corona real fuera, en derecho.
del Infante Ramiro... pero es monje.

LISANA

¡El de su profesión, fué un negro día!

CORNEL

El Rey puede nombrar otro heredero.

LISANA

Nunca, señor.

CORNEL

¿Qué?

LISANA

¡Nunca! Si el Rey muere
sin sucesión, las Cortes dictaminan.

(Van levantando la voz, en el calor de la discusión, hasta que interviene Galín.)

CORNEL

Don Pedro de Atarés, señor de Borja,
puede aspirar al trono.

LISANA

¡No!

CORNEL

Parece
que odiáis al de Atarés.

LISANA

A él, no; a sus vicios:
y conmigo, la flor de la Nobleza.

CORNEL

¡Conde!

(Galín viene de la habitación del Rey, indicándoles que bajen la voz.)

LISANA

¿No os lo decía?... El Rey aún vive
—y largos años viva—y la disputa
ya estalló, entre los dos, por la corona.
—Galín... ¿Y el Rey?

GALÍN

Como gritáis, temía
que os oyera... perdón. Ahora descansa.

CORNEL

¿Y... cómo está?

GALÍN

¡Para que os pida albricias,
señores! Cuando he entrado, abrió los ojos
y me dijo: —Galín, vuelvo a la vida.
Dame tu mano.—Se la he dado—¡Creo
que ya podría sostener la espada!—
Y tanto me apretó que me hizo daño.

JIMENA

¡Loado sea Dios!

GALÍN

Es más: hoy quiere
oir la misa, en este altar.

JIMENA

(**Dejando su labor y levantándose.**)
¡Dios mío!

CORNEL

¿Deja su lecho el Rey?

LISANA

¡Albricias!

GALÍN

Dice
que, al levantarse el sol, vendrá a esta cámara,
hablaba sin fatiga, sonriendo;
y se durmió después.

CORNEL

La grata nueva
vamos a publicar.

LISANA

¡Llévela el viento
tan lejos, hoy, como llevó las tristes!

CORNEL

Y aquí, a misa, después.

LISANA

¡Será de gloria!

(Inclinándose, para despedirse de Jimena, Inés y Galín.)

Señora...

GALÍN

Caballeros...

(Salen Cornel y Lisana por la puerta del fondo.)

ESCENA II

JIMENA, INÉS, GALÍN

JIMENA

¿No has oído?
¡El Rey se salva, Inés!

INÉS

Ya sé; acababa
de bordar esta flor.

(**Inés deja su labor. Galín vuelve a entrar en la cámara del Rey.**)

JIMENA

Hoy, para todos,
ha de ser un gran día... Mira: el alba
ya empieza a clarear; el sol apunta;
¡dejemos que entre, Inés, la luz del día!

(**Jimena ha recogido a un lado la cortina del ventanal. Galín vuelve a entrar, por la derecha.**)

GALÍN

Sigue durmiendo.

JIMENA

Inés, anda, recógete;
ve a descansar un poco.

INÉS

No, no quiero
separarme de vos, señora.

GALÍN

Madre,
vos debéis descansar.

JIMENA

Llevo ocho días
sin dormir, y es verdad, me rinde el sueño
pero hasta que mi Rey deje su lecho...

GALÍN

¡Sierva leal! En todo el reino, nadie
quiere al Monarca como vos.

INÉS

(Acercando a su pecho la cabeza de Jimena.)

Señora,
reclináos aquí.

JIMENA

(Apartándose bruscamente)

Me dormiría,
y el Rey puede llamar. Esta es la hora
en que más tienta el sueño... ¿No ha llamado?
—Ve a ver, Galín.

(Galín levanta la cortina de la derecha, mira hacia dentro y vuelve al centro de la escena.)

INÉS

¿Oís qué griterío
de pájaros que cantan?...

JIMENA

(Apaga la lámpara de la escena).

Ya es de día.

GALÍN

(A su madre.)

Sigue durmiendo el Rey.

JIMENA

Pues acercaos,
Inés y tú, hijo mío... Así...– y hablemos
para espantar el sueño...—¿Sois felices?
Yo lo soy; es verdad que yo, en la tierra,
sano y salvo mi Rey, ya no le pido
más a Nuestro Señor... pero vosotros
¿Qué deseáis?

(Jimena estará risueña y maternal, durante toda la escena; como una madre jugando para entretener a sus hijos.)

GALÍN

Yo, nada; sois dichosa...

JIMENA

¿Y tú?

INÉS

Nada, tampoco; os veo alegre...

JIMENA

¿Que nada deseáis? ¡Si no es posible!
¡Si he sido joven yo, como vosotros,
y el corazón se me escapaba al cielo!
(A Inés, con afecto y con autoridad.)
—¿Qué quisieras? A ver...

INÉS

Nada.

JIMENA

¿Qué pide
tu corazón a Dios, cuando le reza?

INÉS

No sé.

JIMENA

Mujer, contesta: ¿qué?

INÉS

Deseo...

JIMENA

¡Ah, *deseas*!... ¿Ves tú? ¡Si he sido joven!

INÉS

Pues deseo... si un día he de casarme...
con el tiempo...

JIMENA

Si, ya...

INÉS

Cuando Dios quiera...

(Durante el diálogo, ha de verse la contrariedad de Galín por lo que dice Inés.)

JIMENA

Dentro de muchos años, sí.

INÉS

Deseo
que Dios me dé un marido altivo, heroico;
que al verle, todos tiemblen...

JIMENA

Ya: y que tenga
buen corazón.

INÉS

Y que me traiga siervos,
pajes...

JIMENA

Y que te quiera.

INÉS

Sí; y que tenga
torres en la frontera...

JIMENA

Y que te adore.

INÉS

Que gobierne condados...

JIMENA

Burgos, villas;
¡y que lleve en la sien, regia corona!

INÉS

¡Eso es!... ¡Y yo, su esposa, que en el trono,
junto al sitial del Rey, tenga mi sitio!

JIMENA

Pues ya vemos que nada deseabas.

INÉS

Vos os burláis...

GALÍN

(¡Con qué dolor la escucho!)

INÉS

Vos os burláis de mí; ya lo temía...
(Jimena sigue riendo, por juego.)

GALÍN

(Soy pobre: no me quiere.)

JIMENA

¡Y nada pides!

INÉS

(Lloriqueando.)

Más tonta yo...

JIMENA

—Pues ahora, tú; veamos
hijo ¿qué quieres tú?

GALÍN

(Con mucha intención, por Inés.)

Yo, madre mía,
tan sólo quiero uno una mujer que quiera;
que, lo mismo que el rostro, tenga de ángel
el corazón y el alma; que me adore
sólo por mí, por lo que en mí palpita,
no por mi calidad o mis blasones;
una mujer que, dentro de mis ojos,
vea el cielo, y me dé cielo, en los suyos;
una mujer que, como yo, más quiera,
en una choza, un beso de cariño,
que uno de hielo, aunque al cambiarlo, suenen
trincando, las coronas!

JIMENA

¡Ah, tú quieres, Galín!

GALÍN

¿Yo?

JIMENA

Tú.

GALÍN

No, madre.

JIMENA

Tú quieres. Mira a Inés: ¡como ella ignora
lo que es amor, sólo el poder la ofusca!

(Jimena se aleja un poco, retirando su silla y el huso en que hilaba.)

INÉS

(A Galín.)

Eres cruel conmigo.

GALÍN

No, yo nunca;
tú sí que eres cruel, contigo misma.

INÉS

(Con ironía.)

Ya: porque yo no tengo
un corazón tan grande como el tuyo;
pero no es culpa mía;
Dios me lo ha dado tan poquita cosa
que es nada..., una migaja
del tuyo; bien lo sé; callo y te admiro.

(Galín va a descubrir su pasión; pero se contiene.)

GALÍN

¡Madre!...

JIMENA

¿Ya os disputáis?

GALÍN

No, madre. (¡Calma!)
—Yo soy el que te admira: ante la reina
me inclinaré: ¡dad órdenes, señora!

INÉS

¿Véis como es él?... Ahora se burla...

GALÍN

(¡Oh, garfios
la vengan a arrancar de mis entrañas!)

JIMENA

¿Por qué reñís; por qué?

INÉS

(Llorosa.)

(¡Porque me adora,
dirá!... Si esto es querer ¡nunca me quieran!)

(Están los dos apartados, casi vueltos de espalda, como niños que hubieran reñido.)

JIMENA

Vamos, ven, hijo mío... Entre vosotros
no puede haber pendencia; quiero veros
—casi lo sois—unidos, como hermanos.
Galín, yo te he llevado en mis entrañas;
Inés, un día de dolor, perdiste
a tu madre infeliz, y yo, al mirarte
sola en el mundo, sobre el cuerpo de ella,
juré adoptarte; y te tomé en mis brazos,
de los brazos de hielo del cadáver,
acercando a mi pecho tu boquita...
Y desde entonces, para entrambos, madre,
por igual os partísteis mi regazo,
mis rezos, mis canciones y mis besos...
¡Cuántas veces, los dos, sobre mi falda,
mezclásteis vuestro llanto y vuestra risa!...
A puñadas, con vuestras manezuelas

mi pecho os disputábais: como rosas
vuestros labios se abrían, y yo, en juego,
rociaba ahora una boca, ahora la otra...
Luego venía el aluvión de besos;
cerrábais los ojillos; yo tomaba
mi brazada de flores y, despacio,
conteniendo el respiro, hasta poneros
en la cuna, iba andando de puntillas:
Levantaba los ojos y, en el Cielo,
nuestra Madre inmortal me sonreía...
—Y ahora... ¡Jesús!... ¡qué caras!... ni se miran...
y para mí, son los dos niños de antes.
Galín, ¿qué fué el enfado?

GALÍN

Nada, madre.

JIMENA

Vamos, cede tú, Inés.

INÉS

¡Señora!...

JIMENA

¡Cede!
¿No?... —Tú, Galín; tú cederás.

(**Ninguno de los dos se mueve.**)

¡Lo mando!

(**Inés y Galín se acercan, cada uno un poco, a Jimena; pero siempre, de espaldas**)

¡Abrázala, Galín!... ¡Inés, abrázale!...
¿Qué he dicho yo? ¡Son tercos! Me exasperan...

Vamos, hijitos, cabezuelas de oro,
los dos... como en la cuna .. así... ¡un abrazo!

(Jimena pone una mano en el hombro de Inés y, riendo, la acerca a Galín: Inés no se resiste. Galín cede, también. Por último, se abrazan vergonzosamente, y Jimena ríe, dichosa, al verlo: todo muy detallado.)

—¡Besaos!

INÉS

¡No, jamás!

(Huye, rápidamente, por la izquierda.)

GALÍN

(¡Jamás!)

(Sale por la derecha.)

JIMENA

(Se queda, sonriendo.)

¡Qué niños!...
y han echado a correr; igual que entonces;
igual, igual... ¡Si les estoy mirando!...
—Pero Galín habló como el que quiere;
sí, sí, quiere Galín... ¿Quien será ella?
yo he de saberlo pronto y disuadirle
de este amor si ella le desdeña acaso...
—Yo sé lo que es sufrir sin esperanza.

ESCENA III

JIMENA, RAMIRO

(Ramiro llega por la puerta del fondo, oculto el rostro en su capucha de monje.)

RAMIRO

¡Loado sea Dios!

JIMENA

¡Séalo siempre!

RAMIRO

Debo encontrarme cerca de la cámara
donde yace, en un lecho, el que es la cumbre
más alta de Aragón.

JIMENA

Sólo os separa
ese tapiz, del Rey... (¿Qué monje es éste?)

(Ramiro se dirije resueltamente a la cámara real. Jimena se interpone)

¿Dónde váis? ¡Deteneos!

RAMIRO

(Ha de mostrar su cólera, retenida y creciente.)

Dios me envía
para rezar junto a su lecho: paso.

JIMENA

Yo no os puedo dar paso. Y aun me extraña
que os encontreis aquí; los centinelas
se abrán dormido; aquí tan solo llegan
los nobles; y de aquí, tan solo pasan
quienes el Rey, personalmente, llama
o el conde de Atarés, que es quien gobierna
cuando el Rey está enfermo: retiraos

RAMIRO

Vengo de un monasterio del que traigo
Santas Reliquias: y al rozar con ellas
los labios del buen Rey, salud cumplida
le darán a su cuerpo.

JIMENA

Es imposible
traspasar este umbral si no lo ordenan
el Rey o el de Atarés.

RAMIRO

Ved que me cansa
vuestra insistencia.

JIMENA

Yo obedezco.

RAMIRO

Ruego
por la postrera vez: paso.

JIMENA

No os oigo.

RAMIRO

Paso, os digo!

JIMENA

Señor...

RAMIRO

Pues bien: ¡lo mando!

JIMENA

!Nunca!

(Ramiro la sujeta del brazo y la aparta; al hacer este esfuerzo, se le cae la capucha.)

RAMIRO

¡Apartad!

JIMENA

¡Galín!

ESCENA IV

RAMIRO, JIMENA, GALÍN

GALÍN

(Desde la puerta de la derecha.)

(¿Quién es este hombre?)

JIMENA

(Reconociéndole.)

¡El Infante Ramiro!

RAMIRO

(¡Dios me valga!
Sabe quien soy.)

JIMENA

(Humilde, alejándose un poco.)

¡Oh perdonad!...

GALÍN

La puerta
libre tenéis...

RAMIRO

¡Por fin voy a estrecharte
contra mi corazón, hermano mío!
—Tiemblo, no puedo andar...

JIMENA

¡Oh, si un instante
detenerle pudiéramos!

RAMIRO

(Al verme
pues me aborrece tanto, tal vez mande
que me arrojen sus siervos de palacio;
tal vez me vuelva el rostro.—Y yo que dejo,
por él y su Aragón altar y claustro;
yo, que al verle morir, tiemblo miedoso
por este reino, huérfano de reyes,

que los audaces se disputan, como
hienas la podredumbre de las fosas;
yo que, aparte de Dios, en mis entrañas,
solo tengo lugar para esta tierra
que mi linaje rescató de infieles,
y para él que es mi Rey y que es mi sangre;
yo que, por ellos dos, me arrancaría
la existencia mortal, dudo... vacilo...
y a apartar no me atrevo esta cortina.)

(Retrocede, y se sienta, cubriéndose el rostro con las manos.)

GALÍN

Madre, sufre... ¿Por qué?

JIMENA

Porque el Rey le odia
y él no se atreve a entrar. Alfonso, al verle
le increpará, furioso...

GALÍN

¿Y por qué le odia
¿No es bueno el monje?

JIMENA

No son buenos, hijo,
los que *viven* del Rey. Para quedarse
con la corona, el de Atarés, mintiendo,
logró que el Rey aborreciera al monje.
¡Y ay, si le vé, de pronto!... Su presencia,
fatal podría ser para el Monarca.

GALÍN

Mas... ¿quién lo evita?

JIMENA

Yo. ¡Que Dios me ayude!

(Con grande humildad.)

Señor...

RAMIRO

¡Qué!... ¿Quién me llama?

JIMENA

Soy la sierva
más leal, mi hijo, el paje
más querido del Rey. Ambos velamos
a los pies de su lecho, noche y día...

RAMIRO

¿Peligra el Rey de muerte?

JIMENA

Hoy no; hay indicios
de mejoría.

RAMIRO

¡Corazón, serénate!

JIMENA

Y como tanto le queremos, ambos
nos atrevemos a rogar, alteza,
que os abstengáis de entrar.

RAMIRO

¡Ah, ya!... Sin duda,
sois de la chusma de Atarés; ¡del hombre
que dos hermanos convirtió en dos fieras!

GALÍN

¡Señor!...

JIMENA

¡Infante!...

RAMIRO

¡A fe, que ya me tarda
aplastaros, por viles!

GALÍN

¡Qué!...

RAMIRO

¿Qué os paga,
de sueldo, el de Atarés, por la faena
de víboras que hacéis?

(Galin va a abalanzarse sobre el monje; Jimena le detiene.)

JIMENA

¡Galín!

GALÍN

¡Oh, rabia!

JIMENA

Vete, Galín... si, vete. A solas, déjame
con el Infante.

GALÍN

No, madre.

JIMENA

Lo mando:
sal, vete.

GALÍN

Os obedezco.

(Sale por la derecha.)

ESCENA V

RAMIRO, JIMENA

JIMENA

—Y ahora, oidme.

RAMIRO

Decid.

JIMENA

En un combate...

RAMIRO

Pronto .. y breve.

JIMENA

No al Infante; hablo a Dios, en su ministro

RAMIRO

¡Dios al vil aborrece y le castiga!

JIMENA

¡Antes, le oye! ¿O qué Dios es el Dios vuestro?

RAMIRO

Bien está. Continuad...

JIMENA

En un combate,
una tarde, hace de esto muchos años,
perdió el Rey su caballo, y ya esgrimía
sobre su cuello, al verle herido, en tierra,
un infiel berberisco el hacha roja,
cuando tendió un soldado la ballesta;
cayó muerto el infiel, como de un rayo.
Los brazos de un soldado recogían,
poco después, al Rey; y le llevaban,
devotos, abrazándole, a seguro:
ésta es la mano que lanzó la flecha,
y estos los brazos son que le salvaron.

RAMIRO

¿Fuísteis vos?...

JIMENA

Una noche, en sus tendales
descansaba el buen Rey; todas sus huestes
dormían, confiadas; una sombra
a la tienda real se iba acercando,
y la guardia del Rey también dormía.
Pero un soldado andaba tras la sombra
y, antes que hiriese al Rey aquella mano,

le clavaba el soldado en las entrañas,
su arma leal hasta doblar la hoja:
podéis creerme; le maté yo misma.

RAMIRO

¿Vos?... Mas ¿quién sóis?...

JIMENA

(**Empieza enérgica y acaba llorando.**)

Y mientras yo, trocadas
mis ropas de mujer por las de guerra
de los soldados de Aragón, velaba
sobre Alfonso mi Rey, vos que debíais
con el cuerpo guardarle en las batallas,
os estábais tranquilo, en una celda,
a hablar con Dios de serafines y ángeles;
¡y ahora que yo aun vigilo y por él muero,
ahora, venís a apuñalarme el alma!

RAMIRO

Señora... pues ¿quién sóis?... Yo no sabía...

JIMENA

¿Queréis saberlo? Una mujer. Soy una
mujer que tuvo amor, y todavía
guarda su amor al Rey Alfonso.

RAMIRO

(**Con repugnancia.**)

¡Oh!

JIMENA

Calma:
cuando herido murió mi esposo, un día,
le besó el Rey delante de su hueste,
premiando regiamente su heroísmo;
y yo, desde aquel punto,
sentí, en mi pecho, esta pasión extraña
por mi Rey y Señor... Le fuí siguiendo
por todas partes; agitado, loco,
me palpitaba el corazón, al verle,
¡con qué fiebre, señor!... Sería largo
contaros cómo, al fin, entré al servicio
del Rey...

RAMIRO

¿Mas vuestro amor no le dijeron?

JIMENA

(Con mucha dignidad, con fiereza luego, llorando al fin.)

Por vez primera, hoy asomó a mis labios;
jamás lo sabrá el Rey, ni hombre lo sabe;
que, en vos, lo he dicho a Dios. Pero, si un día
vos pretendiérais revelarlo, ¡os juro
que, antes de concluir, os clavaría
la ballesta del árabe en el cuello
y el puñal del traidor en las entrañas!

RAMIRO

¡Bendígaos Dios!... y perdonad, señora
¡No se acabó la gente aragonesa!
¡Rica-hembra de Sobrarbe y de sus predios,

venid, que yo os abrace; y por mi hermano,
por mis antepasados y en su nombre
y en el nombre de Dios, os dé las gracias!

JIMENA

Ahora, mandad.

RAMIRO

Cuando en mi celda supe
la enfermedad del Rey, dejé el convento
y como un rayo vine aquí. Si él nombra
por su heredero, al de Atarés; si él hace
partijas de este reino entre sus nobles
¡más le valiera a Dios matar los hijos
en el vientre materno; y más valiera
que se rajase el mundo, como se abre
la boca del que muere, al dar su aliento!
—¿Vos me ayudáis, verdad?

JIMENA

Mandadme y basta:
yo os obedezco.

RAMIRO

Seguid siendo el ángel
del Rey, como hasta aquí; guardadle siempre
de veneno y puñal; que, para el trono,
¡yo aquel ángel seré que esgrimió espada
de llamas, defendiendo el Paraíso!

JIMENA

¡Oh, sí!

ESCENA VI

RAMIRO, JIMENA, GALÍN, que viene por la derecha.

GALÍN

Madre.

JIMENA

Hijo mío.

GALÍN

El Rey me envía
a rogarle al Abad que la capilla
disponga.

JIMENA

¿Es cierto?... ¡El Rey deja su lecho!
¿No oís, señor?

RAMIRO

¡Dios mío!

GALÍN

Se lo ha dicho
él mismo al de Atarés.

RAMIRO

¿Pero está el Conde
con el Rey?... ¡Ah, traidor!

JIMENA

Atarés entra
por otra puerta.

RAMIRO

Yo diré la misa
para mi hermano. No le habléis vosotros
de mi llegada, hasta que el Rey me vea
delante del altar. Y yo, en el acto
de consagrar, no acercaré a su boca
la estola, no; le acercaré mis labios
y «hermano—le diré—Jesús nos manda
perdonar, si queremos que Él perdone:
¡bésame, hermano mío de mi alma!»

JIMENA

¡Sí, sí, que el Rey es bueno! ¡Oh, que alegría
será esta paz, en Aragón!

(A Galín.)

En todo
lo que él mande, obedécele.

RAMIRO

(A Galín.)

Acompáñame:
quiero hablar al Abad para la misa.

GALÍN

¿Madre?...

(**Interrogándola, para saber si debe acompañar a Ramiro.**)

JIMENA

Sí, ve; ¡que el Cielo nos lo trajo!

RAMIRO

¡Confianza en Dios!

JIMENA

Rezando a Dios, me quedo.

(El Infante y Galín salen por la puerta del fondo.)

ESCENA VII

JIMENA; luego, INÉS

(Jimena se dirige a los peldaños de la capilla, y después de decir estos versos, se recuesta y queda adormilada.)

¡Dios poderoso!... si una vida quieres,
salvando la del Rey, toma la mía;
y si has de castigarle una vez muerto,
¡castígame por él; pero a él, perdónale!...

(Inés viene, pensativa, por la izquierda.)

INÉS

No se... Galín, a veces, me da pena
y a veces me da rabia... No le entiendo...
¿Él halagarme? Nunca: él grita y gruñe
sin cesar... ¡Y me lanza unas miradas!...
Y me quiere educar... ¡Le arañaría!
Y lo que más me indigna es que he de verle
en sueños, cada noche... siempre... Y me habla

de amor; y yo, embobándome, le escucho;
y a veces, va y me besa, al despedirse:
¡me enfado yo de un modo, al derpertarme!
Yo no le quiero, no... ¡Si le conozco
demasiado, señor! ¡Si le conozco
desde que él era así!... No, ¡qué vergüenza!
¡Cásate con un niño que, en la cuna
tuviste al lado y con quien ya jugabas!...
¡Ah, no; no puede ser! Yo quiero un hombre
que no haya visto nunca; agrio de gesto,
de voz... que no me atreva ni a mirarle;
pero que mande en tierras y castillos...

(**Pausa.**)

Pobrecito Galín... ¡No manda en nada!

(**Rompe a llorar.**)

¡No le quiero!... Lo sabe, y dale, él sigue...
Basta: hoy le veo en sueños; ¡de seguro!

(**A Jimena.**)

Señora... madre... (Duerme; que descanse
pobrecita. ¡Galín!... que no me vea)

ESCENA VIII

JIMENA, INÉS, GALÍN

GALÍN

Inés...

INÉS

(Me vió... ¡qué rabia!) Yo quería
salir, sin que me vieras,

GALÍN

¿Te doy miedo?

INÉS

No, pero... es que tu madre duerme: déjala descansar.

GALÍN

Quiero hacerte una pregunta.

INÉS

Házmela pronto.

GALÍN

Inés, tú ¿me aborreces?

INÉS

No.

GALÍN

Pues quieres a alguno.

INÉS

Sí: a tu madre.
Adiós.

GALÍN

¡Sólo un instante!...

INÉS

Me parece
que te ha llamado el Rey...

GALÍN

(Por su corazón.)

Aquí me llaman;
y es con fuerza; y me dicen que te adore
más que a todo, en el mundo y en el cielo.
¡Por caridad, Inés!, no me desoigas,
si no quieres mi muerte; yo no puedo
vivir sin tí, ¿lo sabes?, ¡porque envidio
la flor que coges, el tapiz que bordas,
la voz que oyes, el aire que respiras,
la luz que ves y hasta Jesús, la imagen
ante quien te arrodillas y que besas!

INÉS

Basta: no puedo más, ¡cuanta locura!...
¡Qué cosas se te ocurren! —Y ahora, todo
lo que me ha dicho se me queda dentro
y es no parar, pensando. Eso le gusta:
verme sufrir; como si no pensara
bastante en él.—Pues sí que pienso; y pienso...

GALÍN

¿Qué?

INÉS

(Empieza grave y acaba con una carcajada.)

¡No, casarnos, no; casarnos, nunca!
Creería que otra vez éramos niños;
«juegan a estar casados»—nos dirían...

GALÍN

¡Qué ingrata!

JIMENA

(Entre sueños.)

¡Mi hijo! ¡No!

INÉS

Señora.

GALÍN

Madre...

JIMENA

¡Yo no quiero que muera! ¡No! ¡Salvadle!

GALÍN

¿Qué os pasa?

INÉS

Despertaos.

JIMENA

¡Es mi vida!

¡Mi hijo!

(Despertando del todo y reconociéndoles.)

—¿Quién sóis? Inés... él... ¡Sí!, vosotros.
¿No estáis heridos? No... —Venid, que os vea

INÉS

Si ha sido un sueño...

GALÍN

Un sueño.

JIMENA

¡Oh, qué tortura!
¡Qué sueño tan cruel! .. ¿Por qué dormía?

INÉS

Serenaos.

JIMENA

¡Galín!...

GALÍN

Es el cansancio
de velar tanta noche...

JIMENA

Estoy temblando.

GALÍN

No la dejes, Inés.

INÉS

Sentaos, madre.

(Galín se va por la derecha.)

ESCENA IX

JIMENA, INÉS, RAMIRO

(Durante toda la explicación del sueño de Jimena, Ramiro permanece en el fondo, sin que se fijen en él.)

JIMENA

Pues verás... Yo rezaba y, de repente,
me ha parecido que el altar, en lecho
se convertía. Un lecho regio; encima
del cabezal veíase el escudo
de la casa real y la corona...

(Entra Ramiro, por la puerta del fondo.)

Estaban en el lecho dos... dos sombras.
Me acerqué: los dos cuerpos, revolviéndose,
lanzaron un gemido y me miraron:
y uno... eras tú; tú, Inés...

(Todo lo que Inés irá diciendo ha de ser una mezcla de turbación, alegría y vanidad infantil; pero con la pena de ver que ella siempre lloraba.)

INÉS

¡Cómo! ¿Yo, Reina?

JIMENA

Sí, tú... llorando a mares.

INÉS

¿Yo lloraba?
¿Yo... la Reina? ¿Es seguro?... Haced memoria

JIMENA

El otro... ¡Oh Dios, que horror!

INÉS

Decid ¿quién era?

JIMENA

Aun me parece que le veo... ¡El monje!
Don Ramiro, el Infante.

RAMIRO

(Yo.)

INÉS

¡Dios Santo!

JIMENA

Aquél lecho nupcial truécase, entonces,
en un trono... En el trono está Ramiro,
y tú a su lado; pero tú llorabas.

INÉS

¿Lloraba yo también?

JIMENA

Heraldos, pajes,
nobles, vasallos, clerecía llenan

la cámara espaciosa y las rodillas
se doblan ante el trono...

INÉS

¡Sí!

RAMIRO

(¡Qué modo
de galoparme el corazón!)

JIMENA

Ramiro
sonreía...

INÉS

Decid... ¿y yo?

JIMENA

Llorabas.

RAMIRO

(No lo quiero escuchar... y escucho.)

JIMENA

Entonces
todo desaparece: un mar de sangre
hierve a mis pies y al horizonte llega;
ni un rumor, ni una sombra... Asfixia el vaho
de aquél horrendo mar... Y en su llanura
surge un punto negruzco; en torno, un círculo
se agranda; el punto crece, emerge: es una
cabeza humana; hilos de sangre corren
por su rostro, me mira... ¡Hijo del alma!

Es él; me mira, triste, y poco a poco
va hundiéndose... ¡Galín!

INÉS

(Yo no me explico
por qué lloraba.)

RAMIRO

(¡Oh, basta! Un sueño es todo.)
—Señora...

JIMENA

¡Vos!

INÉS

(Ruborosa.)

(Mi esposo.)

JIMENA

¿Me escuchábais
hace rato?

RAMIRO

(Con sus ojos clavados en Inés, que baja los suyos, avergonzada.)

He escuchado todo el sueño:
y lo he olvidado ya. Celoso, el diablo,
del bien que hemos de hacer, con sueños quiere
detener nuestros actos... ¡No! ¡Adelante!

JIMENA

Tenéis razón.

INÉS

(Conoce el sueño.)

RAMIRO

Sólo
dejadme, aquí, un instante; ahora quisiera
para la misa, recoger mi espíritu.

JIMENA

Dios oiga vuestras preces.

(**Sale Jímena por la izquierda, seguida de Inés.**)

INÉS

(Pero es monje...
no ha de ser Rey... ni esposo... ¡Adiós, corona!)

ESCENA X

RAMIRO

¡Me envenenó ese sueño el pensamiento!
¡De rodillas aquí, que éste es mi sitio;
mi manto regio, este sayal de paño;
la mujer de mis noches—no esa dama
que en un altar tomaran por la Vírgen—
sino el cilicio que, en mis carnes, clava
cada noche, las uñas!...
Mi trono está allá, en alto, para siempre:
hijo de reyes, lo escogí yo mismo.

(**Pausa.**)

Esa mujer también vendrá a sentarse,

cuando muera, allá, en alto... En ella, rostro
y aire y mirar son la pureza misma...

(Pausa.)

¿Yo, su marido? ¡Yo! Y ella lo sabe.
¡Ah, tornemos al mundo!
Aquí, mis labios
besarán al hermano... ¡Ya me tarda!
Mas... puede rechazarme...
Si el muriera,
y, por su reino en ruinas, los infieles
entraran otra vez, ¿no debería
dejar yo el claustro y ocupar el trono,
zarza en fuego, que no jardín de rosas?
¿No dejó Cristo el Paraíso, un día,
para venir a redimir la tierra?
pues yo puedo, a mi vez...

(Ve pasar a Inés por la izquierda y la contempla con afectuosa curiosidad, como quien sigue los pasos de una niña.)

—Ella, que pasa...
y se aleja, atenuándose... Camina
como si en tierra no tocara... vuela.
Ya no la veo... se extinguió en la sombra.
Y es joven... ¿quién será?... De hoy la conozco,
y creo haberla visto ya... en mi infancia...
o en un altar... ¡qué niña!... Se veía
sentada ya, en su trono, y le gustaba...
¿Cómo debe llamarse?

(Suenan tres campanadas.)

—¡Oh, Dios! ¡La misa!
Maldito sueño: ¡lo abortó el infierno!

ESCENA XI

RAMIRO, ATARÉS

ATARÉS

(Viniendo por la derecha.)

(No encontraron los físicos mejora;
pero él quiere salir a la capilla.)

RAMIRO

(Viendo al de Atarés, ha vuelto a cubrirse con la capucha.)

(¡El Conde de Atarés!)

ATARÉS

¿Qué hace aquí el monje?

RAMIRO

He de oficiar en el altar, y espero
la orden.

ATARÉS

Yo la daré.

RAMIRO

¿Vos?

ATARÉS

¿Qué os extraña?

RAMIRO

La esperaba del Rey.

ATARÉS

Vos atenéos,
cuando yo mande, a vuestro oficio, y basta.

RAMIRO

Bien está. (Con mis uñas, me abro el pecho.
¡ah, si estuvieras bajo mi sandalia!)

(Ramiro se dirige al pie del altar.)

ATARÉS

Pero ¡hasta cuando esperan!... Ya se acercan.

RAMIRO

(Calma, por Dios.)

ESCENA XII

RAMIRO, ATARÉS, LISANA, CORNEL, VALTERRA
y otros dos *caballeros.*

(Llegan por la puerta del fondo. Apenas han entrado, Ramiro se coloca bajo el arco de esta puerta del fondo, lo más lejos que pueda de los caballeros.)

VALTERRA

Señor...

CORNEL

¿Nos esperábais?

ATARÉS

Si tal —y el corazón se me encendía:
señores, yo no espero.

LISANA

Un igual, siempre;
Conde, olvidáis que sólo el Rey no espera.

ATARÉS

Acabemos, señores. La dolencia
del Rey sigue su curso, y ahora mismo
los físicos afirman que se agrava.

(Ramiro va acercándose al grupo, atraído por el diálogo.)

RAMIRO

(¡Santo Dios!)

ATARÉS

Cuando vuelva de la misa
a su cámara, el Rey, yo he de rogarle
que nos llame a Consejo... Aconsejadle
que disponga del trono, para el día
en que le llame Dios y, en ley de sangre,
que me nombre heredero. Cumple al auge
de este reino, barones; y el consejo
que déis al Rey yo he de estimarlo en tierras
castillos y condados.

LISANA

(¡Qué osadía!)

CORNEL

Yo he de hablarle de vos.

VALTERRA

Soy vuestro siempre.

ATARÉS

¿Y vos, Lisana?

LISANA

¿Yo?... Procurad, Conde,
que no me llame el Rey.

ATARÉS

Está entendido.
Pues, como os digo, tierras y encomiendas
tendrán mis fieles. Para los vasallos
que se rebelen, nobles o pecheros,
el cadalso alzaré.

RAMIRO

(**Riendo con fuerza y con odio.**)

¡Soberbia sombra
dará al trono la horca!

ATARÉS

(**Volviéndose a mirarle, sorprendido, y los otros también.**)

¿Quién se atreve?...

RAMIRO

(**Riendo siempre y cada vez más despreciativo.**)

Los nobles de Aragón, para la soga;

a sus pies, vos, a administrar justicia
entre los perros que hozen carne fresca;
y en alto, por dosel, bandas de cuervos
picoteando y percutiendo de alas
como infernales manos que aplaudiesen:
por Dios, que es digno de Atarés tal trono!

ATARÉS

¡Selle tu boca un rayo! ¿Y tú te atreves?...

RAMIRO

(Estallando en ira.)

¿Y aun pregunta?... ¡Sí, un rayo, que estás ciego!

ATARÉS

(Desnudando su daga y disponiéndose a caer sobre el fraile:)

¡Prepárate a morir!

CORNEL

(Y los demás, conteniéndole.)

Señor...

RAMIRO

(Apartando a los caballeros, acercándose al de Atarés y quitándose la capucha.)

¡Dejadle!
¡A mí, Atarés!—Matadme cara a cara.

ATARÉS

(Bajando la cabeza.)

¡Don Ramiro!

LISANA

¡Señor!...

RAMIRO

(Como loco, al de Atarés.)

¡Lepra del trono,
venenoso escorpión de mi linaje:
heme ante tí; yo soy el que te mira
y te befa y te insulta y con su diestra,
miserable impostor, cruza tu rostro!

(Le abofetea. Atarés va a precipitarse sobre Ramiro. Cornel y Valterra le contienen. Ramiro queda apoyándose en una silla, casi desvanecido; se oye distintamente su jadear fatigoso.)

ATARÉS

¡Maldición!

CORNEL Y VALTERRA

¡Ah!

LISANA

(A Ramiro.)

¡Señor!

ATARÉS

¡Quiero su vida!

CORNEL

(A Atarés.)

Por Dios...

RAMIRO

Me ahogo...

VALTERRA

(Conteniendo siempre, lo mismo que Cornel, al de Atarés.)

¡Oh, no!

ATARÉS

¡Dejadme!

CORNEL

Calma.

(En este momento, aparecen a la puerta del fondo los monjes Fray Güildo y Fray Wifredo.)

LISANA

La misa.

ATARÉS

No: ¡por Satanás, te juro
que no has de ver al Rey, sino cadáver!

(Huye Atarés, por la puerta de la derecha.)

ESCENA XIII

RAMIRO, LISANA, CORNEL, VALTERRA, FRAY GÜILDO Y FRAY WIFREDO

(Don Ramiro sigue apoyándose en el hombro de Lisana. Los monjes Güildo y Wifredo se acercan lentamente Valterra y Cornel hablarán entre sí, comentando las últimas frases de Atarés.)

CORNEL

¡Oh, cuánto horror!

VALTERRA

Dios nos ampare.

GÜILDO

(A Don Ramiro.)

Es la hora
de la misa, señor.

LISANA

Señor...

RAMIRO

(Como ausente.)

¿Qué?

LISANA

Vienen
los que os han de ayudar a revestiros
para llegar al ara.

RAMIRO

¡Ah, sí!... Guiadme.

(**Sale por la puerta del fondo, con Wifredo. Güildo, entre tanto, prepara el altar y enciende los cirios.**)

ESCENA XIV

LISANA, CORNEL, VALTERRA, JIMENA, INÉS, *caballeros, damas.*

(**En primer término, hablan Lisana, Cornel y Valterra. Van entrando, para la misa, las gentes de palacio, damas y caballeros, con mucha lentitud: entre ellas, Inés y Jimena. No llegarán todos a la vez, sino por grupos. Cuando Inés entra, ya comenzó la misa.**)

CORNEL

¿Mas cómo ha sido?...

VALTERRA

Aun no lo sé: fué un sueño.

LISANA

¡Que Dios nos tenga de su mano, hidalgo!

CORNEL

Cuando el Monarca espire ¡ay de su tierra!

LISANA

¿Lo estáis viendo, Cornel? Yo os lo decía
de madrugada, y os costó creerlo.

VALTERRA

Se ennegreció el nublado; y esta calma
presagio puede ser de la tormenta.

LISANA

Tu porvenir es negro,
pobre Aragón. Y yo te soñé grande...
¡Tomad, Señor, mi vida
antes que llegue a verle hecho pedazos!...

CORNEL

Torna el Infante.

ESCENA XV

RAMIRO, INÉS, JIMENA, ATARÉS, GALÍN, LISANA, VALTERRA, CORNEL, WIFREDO, GÜILDO, *damas, caballeros* y *monjes.*

(Atarés, Galín y Lisana aparecen cuando se indica; al igual que otros personajes que entran o salen.)

RAMIRO

(Revestido, avanzando hacia la puerta de la derecha.)

El corazón me avisa;

mi hermano va a llegar... y espero... y tiemblo...
¡Señor!...

(Le siguen Wifredo y Güildo. Al llegar Ramiro al centro de la escena, se presenta Atarés.)

ATARÉS

(En la derecha.)

De orden del Rey, oid la misa,
caballeros, sin él.

RAMIRO

(¡Oh, Dios!)

ATARÉS

De pronto
se agravó su dolencia...

RAMIRO

(¡Infame!) ¡Cúmplase
su santa voluntad!

(Lo ha dicho mirando al cielo. Se dirige al altar, seguido de los frailes acólitos. Empieza el sacrificio de la misa. Todo el mundo se arrodilla, menos Atarés, que va a salir por la derecha, seguido de Valterra y Cornel. Han de quedar, en primer término, Jimena e Inés; cerca de ellas, Lisana.)

ATARÉS

Cornel, Valterra,
habladle al Rey, y es mía la corona.
Seguidme.

(Salen por la lateral derecha.)

JIMENA

(A Inés.)

¿Qué será?... ¿No mejoraba?

INÉS

Recemos...

JIMENA

La impaciencia no me deja.

GALÍN

(En la puerta de la derecha.)

¡Oh, Dios! ¡Dios mío!...

LISANA

(Acercándose a él.)

¿Qué tenéis?

GALÍN

(En alta voz, que oyen todos y les distrae de la misa. Inés y Jimena se han puesto en pie y otras personas también.)

¡Lisana,
que está muy malo el Rey: lloradlo, madre!

JIMENA

¡Qué dices!

LISANA

¡El Infante!... Lo está oyendo;
conteneos.

(Entra Lisana en la cámara del Rey.)

RAMIRO

(Muy conmovido, a media voz, a los monjes.)

Deprisa...

JIMENA

(Mirando a la cámara real.)

¡Oh, quiero verle!...
No le dejes, Galín.

GALÍN

(Entrando en el cuarto del Rey.)

Hasta que quieran
los demás, yo estaré.

RAMIRO

(A los monjes.)

¡Deprisa!... ¡Pronto!...

(La agitación de todos, caballeros, monjes, damas y del mismo Ramiro, va en aumento.)

JIMENA

¡Y aquí, el Infante! ¡Y allá dentro, acaso,
le asesinan!...

RAMIRO

¡Señor!...

INÉS

(A Jimena, por Ramiro.)

¡Que os oye, madre!

JIMENA

¡Le rodean traidores!

(Conteniendo la voz; pero con deseo de que la oiga el Infante.)

¡Va a volverse!...

(Todo el mundo se distrajo de la misa y habla en voz baja, mirando a la puerta del Rey, por donde sale Lisana.)

JIMENA

(A Lisana.)

¿Y el Rey?

LISANA

Le llama Dios...

JIMENA

(Con un grito, que hace a Don Ramiro volverse de espaldas al altar.)

!Ah!

LISANA

(En voz alta y solemne.)

¡Recen todos
por el Rey, que se muere!

RAMIRO

(Apartándose del altar; rechazando a los monjes y a los demás.)

¡Oh, basta, basta!
¡Fuera todos!

LISANA

(Queriendo contenerle, con otros caballeros.)

Señor...

RAMIRO

¡Paso! ¡He de verle!
¡¡Hermano!!

ATARÉS

(Cortándole el paso, desde la puerta, con Valterra y Cornel.)

Deteneos.

RAMIRO

¿Quién lo manda?

ATARÉS

El Rey nombra heredero; está dictando
su voluntad.

RAMIRO

Yo paso.

ATARÉS

¡No entra nadie!

(El Infante se dirige al altar y vuelve, empuñando el Crucifijo.)

RAMIRO

¡Pues Éste habrá de entrar!

ATARÉS

¡Todos conmigo!

RAMIRO

¡Atrás, el de Atarés, señor de Borja,
paso al que es Rey de reyes!

ATARÉS

(Apartándose, a su pesar, con Valterra y Cornel.)

¡Me ha vencido!...

RAMIRO

(Que va a entrar.)

¡Por fin!

GALÍN

(Seguido de varios caballeros, uno de los cuales traerá en la mano un pergamino, y saliendo por la derecha:)

Señor, ya es tarde.

RAMIRO

(Con espanto.)

¡Qué!

GALÍN

Lloremos:
el Rey Alfonso ha muerto.

RAMIRO

'Oh, desventura!

(Largo silencio en la escena. Las cabezas se inclinan. Ramiro da un paso atrás, para esconder su frente en el pecho de Wifredo, y forma grupo con éste y Güildo, que le seguían. Jimena está con Inés y con Galín, al otro lado del escenario. Atarés es el único que mantiene su frente erguida. Ramiro, haciendo un supremo esfuerzo, reacciona, y con desesperación concentrada y selvática, dice:)

—Traidor, estás servido: ya es cadáver;
¡corre a escalar el trono y en su silla,
como en su fango el jabalí, revuélcate!

ATARÉS

(Toma el pergamino de manos del caballero y se dispone a leerlo.)

La voluntad del Rey...

RAMIRO

¡Le fué arrancada
con garfios del infierno, y no es la suya!

(Arrancando el escrito al de Atarés.)

Dádmelo... Y Aragón oiga esta infamia.

(Busca, febril, en el pergamino, el pasaje que le interesa. Lee:)

«Siendo el Señor servido que sin hijos
»venga a morir, divido este mi reino
»en tres partes...
(¡Jamás!; ¡es desvarío!)
»y la primera sea de la Orden
»del Temple; y la segunda, a poder vaya

»de los Hospitalarios; y hagan suya,
»los del Santo Sepulcro, la postrera.»
—¡Jamás!

ATARÉS

¿Dice eso el Rey?

RAMIRO

Así está escrito:
¡te conoció por fin y, ante la fosa,
tendió su puño y te arrojó del trono!

(**A todos, que han venido a primer término.**)

Pero Aragón, que es uno, ha de ser uno
mientras quede en mis venas una gota
de sangre; y antes que astillar el cetro,
y antes que hacer pedazos estos reinos,
y antes que sean extranjeros, unos
para otros, los nacidos de esta tierra,
con mis manos recojo la corona
y en mi frente de Infante la coloco!
Por Aragón, cuna y sepulcro nuestro;
por Dios, de quien el brazo, que es justicia,
me ha sacado, empujándome, del claustro
yo, nacido del Rey, del Rey hermano
y porque puedo y quiero, ocupo el trono:
¡de hinojos ante mí, raza gloriosa,
linaje de Aragón!

ATARÉS

¡Es sacrilegio!

RAMIRO

¡De rodillas también, señor de Borja!

ATARÉS

¡No!

RAMIRO

(Corre hacia él, y tomándole un brazo le hace fuerza.)

¡De rodillas!... o si no derrúmbate
como madera carcomida; a tierra!...
Así; tal para cual; un Rey y un pueblo;
hago pedazos el papel; no el trono.

(Ramiro rasga el pergamino, valiéndose de la daga de un caballero. Larga pausa. Todos inclinan las cabezas. Ramiro pasea su mirada satisfecha por la multitud. La detiene, viendo a Inés, y transmuda la expresión del rostro. Aparte, a media voz, con terror, murmura:)

(¡Ella!... no, no; después. Dios lo ha querido...)
—Y ahora alzaos, señores, y acabemos.

(Ramiro pasa entre los caballeros que, alzándose, le abren calle. Vuelve reposadamente al altar. Entre tanto, Jimena, Inés y Galín hablan, en primer término.)

INÉS

¡Oh, madre!... ¡Rey! ¡Ya es Rey!... ¡Es vuestro
[sueño!

JIMENA

Mas... tú su esposa... ¡nunca!

GALÍN

¿Le querrías?

INÉS

(Casi no se la oye.)

Yo... sí.

GALÍN

¡Tú¡

RAMIRO

(Desde el altar.)

Desde aquí perdono a todos:
sóis libre, el de Atarés: Jesús perdona.

ATARÉS

(Saliendo de escena.)

(Yo no perdono nunca ¡ni en la tumba!)

RAMIRO

(Solemnemente.)

Y ahora, siga la misa interrumpida.

(Una campanada. Todo el mundo se arrodilla.)

—Por el alma del Rey muerto...

(Otro son de campana.)

—Por ella.

(Siguen las campanas doblando, acompasadamente.)

TELÓN

ACTO SEGUNDO

Cámara espaciosa de un palacio. A la derecha del fondo, pequeña recámara abovedada, a la que da ingreso un arco. Allí, el lecho real, construído de tablas, con un tronco de árbol por almohada. Al levantarse el telón, una cortina oculta el arco y la estancia. A la izquierda del fondo, puerta grande comunicando con la habitación de la Reina. Una puerta en cada uno de los muros laterales. En el arranque del arco, cerca del lecho, una mesa y una silla.

ESCENA PRIMERA

RAMIRO, ATARÉS, CORNEL, FRAY GÜILDO Y FRAY WIFREDO

(Ramiro duerme en su lecho, ahora invisible para el espectador. Atarés y Cornel, hablan en primer término izquierda, reservadamente. Fray Güildo, sentado, lee en un libro, que tendrá sobre la mesa; Fray Wifredo se pasea por delante de la lateral izquierda.)

CORNEL

Yo torno a mi castillo; es imposible
vivir cerca del Rey.

ATARÉS

Yo no le dejo.

CORNEL

La inquietud de su espíritu se ceba
en nosotros, sus nobles. No me explico
como vos, su enemigo de otros días,
lo soportáis con calma.

ATARÉS

A vos, mi hermano
de armas, os lo confieso; a vos tan sólo
sobre la tierra: le soporto y callo
porque espero el momento de vengarme.
¡Él imagina que olvidé la afrenta!...
Yo dejo que lo crea...

CORNEL

¿Y por qué sufre?

ATARÉS

Le llama Dios... Pero el amor profano
de doña Inés, su esposa, le retiene:
monje, casado y Rey... ¡Es ardua mezcla!

GÜILDO

Señores, duerme el Rey... hablad más bajo.

ATARÉS

(Despectivo.)

Cumpla su oficio el monje y no interrumpa.

GÜILDO

¡Toda la noche en mi rincón, leyendo
salmos y salmos de la Santa Biblia,
no hace de buen cumplir!... Hasta la aurora
no se ha dormido el Rey; guardadle el sueño.

CORNEL

Lleva razón.

GÜILDO

(Tanto leer, fatiga.)

ATARÉS

(Continuando su diálogo.)

Pues tornando a la plática...

RAMIRO

(Tras la cortina.)

¿Quién habla?

GÜILDO

Yo soy, señor...

RAMIRO

Leed.

GÜILDO

(A los caballeros.)

¿Oís?... Yo os ruego...

RAMIRO

¿Pero no leéis ya?

GÜILDO

(**Hojeando la Biblia.**)

Leo.

ATARÉS

(**A Cornel.**)

Salgamos.

(**Salen Atarés y Cornel por la puerta de la izquierda.**)

ESCENA II

RAMIRO, FRAY GÜILDO, FRAY WIFREDO

GÜILDO

(**Leyendo.**)

«Invoquemos el nombre de Jehová; mostrémosle en »sus obras a todos los pueblos de la tierra. Cantemos »salmos, enumerando las maravillas del Señor. Vamos »a Jehová, llevando al flanco a nuestras mujeres...»

RAMIRO

¡No, no, aquí no!... Leed otro capítulo.

GÜILDO

(Hojeando otra vez el libro.)

Como mandéis, señor...

RAMIRO

¡Sea el que sea!

GÜILDO

(¡Pobre Rey!)

RAMIRO

¿Envióse el candelabro
a San Juan de la Peña?

GÜILDO

Sí.

RAMIRO

¿Y la lámpara,
de oro labrado, a nuestro Abad de Peira?

GÜILDO

También.

RAMIRO

Dios los acepte.

GÜILDO

(¡Lo daría
todo, para el servicio de la Iglesia!)

RAMIRO

Pero ¿por que calláis? Leed.

GÜILDO

Buscaba
un punto.

RAMIRO

No busquéis: el que os avenga.

GÜILDO

(Leyendo.)

«Bendice al Señor, ánima mía, y bendigan todas mis »entrañas el nombre del Señor. Bendícele tú, que estás »hecha de lirios de los campos; tú, más hermosa que »todas las mujeres...»

RAMIRO

(Con ira.)

¡Aquí, no!

GÜILDO

(Leyendo.)

«Amado mío...»

RAMIRO

(Descorriendo el tapiz, enojado.)

Cierra el libro.
Basta; es porfía tuya.

GÜILDO

¿Qué?

RAMIRO

(*Revolcándose en el lecho.*)

—¡Se ceba
como cáncer en mí!... ¡Siempre ella... siempre!
¡Líbrame, oh Dios, de esta mujer y sálvame!...

GÜILDO

—Desde que dejó el claustro y vino al reino,
¡siempre este afán!

RAMIRO

(*Dejando el lecho.*)

¡Oh, tregua!...—Acabe hoy todo.

GÜILDO

Señor...

RAMIRO

(*Siempre desabrido.*)

¡Salid!

GÜILDO

Me voy.

RAMIRO

¡Oh, no!... No; a solas,
no me dejéis... —Escuchad vos, hermano.

WIFREDO

Señor...

RAMIRO

Decid que venga aquí...

WIFREDO

¿La reina?

RAMIRO

¿Quién os manda que habléis?... Decid que venga
Doña Jimena.

(Sale Wifredo por la izquierda.)

—Y vos quedaos, Güildo;
no me dejéis; habladme; ¡de mi cráneo
esta idea arrancad, que lo barrena!

GÜILDO

Señor... ¿qué puedo yo?.. Yo a Dios le pido
la salud del Monarca y de su esposa...

RAMIRO

Sois idiota; salid.

GÜILDO

¡Oh, Rey!...

RAMIRO

¡Marchaos!

(Sale Güildo por la derecha.)

—Y acabe todo de una vez... Jimena.

ESCENA III

RAMIRO, JIMENA

JIMENA

(Que llega por la izquierda:)

Señor...

RAMIRO

Venid, que os he de hablar: oidme.
Pero, sentaos.

JIMENA

Sóis el Rey...

RAMIRO

(Desabrido.)

Lo mando.

(Reprimiéndose.)

Perdonad.

(Jimena, a quien sobrecoge la ira del Rey, se sienta cohibida.)

JIMENA

¡Oh, señor!...

RAMIRO

Haced memoria
del pasado. En provecho de mi tierra
y porque no acabara mi linaje,

a una esposa, yo, el monje, abrí los brazos;
yo, el monje, dí la frente a una corona.
¿Lo quiso Dios, o Satanás lo quiso?
Día y noche, a mí mismo, a las estrellas,
al fulgor del relámpago, a las sombras,
se lo pregunto... y no me dan respuesta.
!Ah!, sin saberlo, vos fuísteis la causa
primera de mi crimen.

JIMENA

No es un crimen.

RAMIRO

Fué chispa de esta hoguera un sueño vuestro:
cumpliose; el monje es Rey; doña Inés, Reina.
Pero esto ha de acabar... —Dios ha querido
darme una hija; se la otorgo a un Conde:
que él reine en Aragón y tenga a raya
la ambición señorial. Yo torno al claustro.

JIMENA

Vuestra hija es de dos años...

RAMIRO

Prometida
del Conde Berenguer, será su esposa.

JIMENA

¿Y la Reina, señor? Ella os adora...

RAMIRO

No lo digáis; que están, entre nosotros,
Cristo clavado en cruz y mi conciencia:
toda la eternidad que nos separa.

JIMENA

Me hacéis temblar.

RAMIRO

Y Doña Inés lo sabe.
Lo sabe; juró el pacto...

JIMENA

¿Un pacto?

RAMIRO

Oidme:
«¿queréis—le dije—ser esposa mía
hasta que Dios nos mande un heredero?
Si lo queréis, señora, en aquel punto
tornaré a ser el monje; no el esposo;
y viviréis como una reina viuda.»
Ella juró... Y el pacto se ha cumplido.

JIMENA

¿Pero... queréis dejarla?

RAMIRO

Hace ya tiempo
que el pacto se ha cumplido ¿no os lo he dicho?

JIMENA

Pero, además, ¿renunciaréis a verla?

RAMIRO

Es forzoso... ¿entendéis? Debo alejarme
porque... lo manda Dios... ¡Si la aborrezco
a esa mujer! ¡Si creo que querría
no verla más! ¡Si cuando en mí se clavan
sus ojos, pido al cielo que una peña
se interponga, cayendo; aunque me aplaste!

JIMENA

Pero ella, oh Rey, como os quería os quiere...

RAMIRO

¡Pero calladlo vos!... Andad, decidle,
a solas y en mi nombre, mi propósito
de regresar al claustro... —Y ni una sola
palabra repliquéis.

(**Ramiro vuelve a tenderse en su lecho, tapándose los oídos con las manos, para no oir que le hablan de Inés. Jimena va levantando gradualmente la voz para que el Rey la oiga.**)

JIMENA

¿Que yo le diga
que la odiáis? ¡No, jamás! ¡Si ella es tan pura
como los santos del altar; y es vuestra!

RAMIRO

No...

JIMENA

Y en la celda, evocaréis su imagen,

RAMIRO

No os quiero oir.

JIMENA

Y moriréis de angustia,
recordándola.

RAMIRO

¡Basta!

JIMENA

Porque os tiende
sus brazos con amor...

RAMIRO

¡No!

JIMENA

Y os adora.

(**En este momento se oye un sollozo del Rey.**)

—¡Oh, Dios mío! ¿Qué es ésto?. . El Rey solloza.
Sí; llora, llora, desdichado... Quiere
de ella escapar; pero ella está en su alma.

¡Que llore... el llanto, en soledad, consuela!
Pst... ¡pobre Rey!... La luz... Esta cortina...

(Corre de nuevo la cortina y Ramiro desaparece de la vista del espectador. Al ir a salir por la izquierda, ve entrar a Inés, por la puerta del fondo.)

(Inés... Quede él con ella... y los dos hablen.)

(Sale.)

ESCENA IV

(Ramiro sigue en su lecho, oculto al espectador. Doña Inés se acerca suavemente.)

INÉS

El Rey está en su lecho... ¿Duerme?... ¿Vela?...
Si me atreviera a hablarle... o le besara...
No: me da miedo; tiemblo, si él me mira,
como delante de su juez, el reo.
Pero me ha de querer: lo necesito;
¿qué sería de mí, si él me olvidase?

(Pausa, empezando a llorar.)

¡Loca!... Una vez pude creer que al alma
le bastan las grandezas de la tierra
y que un manto de reina era la dicha...
Y hoy siento, aquí, un vacío que no llenan,
ni, entrando a ríos, cetros y coronas...
Tengo afán de querer; llevo en los labios
un beso de pasión, beso de fuego
que tiembla... ¡Y ay, si el Rey no lo recoge!

Por las noches, dormida, abro mis brazos
y aire y oscuridad abrazo en sueños...
Y sé que está a mi lado—tanto, a veces,
que sólo un muro nos separa—el hombre
que por mí alienta y que por mí, de niño,
lleva apretado el corazón de espinas...

(**Pausa.**)

Antes... ¿por qué tanto desdén? Y ahora...
por qué le quiero, sin querer?... Y cuando
más deseo olvidarlo, más me acosa.
Fué piedad, al principio... Por las noches,
llorando de sus ojos, le ví, en sueños;
y le besaba; y si una sola noche
despertaba sin verle, estaba triste...
¿Por qué el Rey no me quiso? ¿Por qué hoy mismo
no me puede querer?... Yo arrancaría
de mi pecho a Galín... ¡pero estoy sola!
Me rechaza mi esposo... y dudo... y tiemblo,
porque, con hambre y sed de ser querida,
buscando amor, se me desboca el alma.

ESCENA V

RAMIRO, INÉS, GALÍN

(**El Rey, siempre en su lecho. Galín entra por la derecha. Todo el diálogo entre Inés y Galín es a media voz y con marcada agitación.**)

GALÍN

(Oh, Inés). Señora...

INÉS

(Es él.)

GALÍN

Inés...

INÉS

¡Marchaos!...

GALÍN

Dejadme sólo que, otra vez, os diga...

INÉS

No os oigo.

GALÍN

Que por vos...

INÉS

En esa estancia
descansa el Rey; salid. Este es mi sitio.

GALÍN

No; por piedad...

INÉS

Le guardo al Rey un sueño
que conciliar no pudo hasta la aurora.

GALÍN

¿Velábais vos. . que lo sabéis?

INÉS

¿Qué osásteis?

GALÍN

¡Pobre Inés; cómo sufre!... Y vos creíais
que el trono era de flores... vedlo ahora:
yo, desdichado, y vos, más desdichada.

INÉS

¿Qué osáis pensar?... Yo soy dichosa; tengo
un esposo, en el Rey, que me idolatra;
¿qué más pude soñar? Esposa y Reina.

GALÍN

(Riendo con ironía.)

No...

INÉS

Salid; os lo mando; es una injuria
vuestra presencia aquí.

GALÍN

Ya me mandásteis
que no os quisiera, un día—y os adoro.

INÉS

¡Callad!... ni hablásteis vos, ni yo escuchaba.
¡Salid, Galín, y nunca más os vea!
Yo voy por mi camino; id por el vuestro.

GALÍN

Para no veros nunca he de matarme:
¿lo queréis?

(**Galín requiere su daga: Inés le contiene.**)

INÉS

¡No, Galín!

GALÍN

Yo puedo daros
mi vida ¿la queréis?

INÉS

No: pero... Basta...
Tal vez ha oido el Rey... Dejadme sola
por caridad... vos no sabéis mi angustia...
lo que sufro, aquí dentro... ¡Qué agonía
la de mi amor, Galin!...

GALÍN

¡Y me juraba
que era dichosa!... Inés, habladme, pronto:
¿no os ama el Rey? ¿Queréis ser libre? ¡Mi alma
vendo, por vos!... ¿Queréis que en los infiernos
el Rey despierte? ¿Lo queréis, *ahora*?

INÉS

¡No, qué espanto!

GALÍN

¡Qué he dicho!

INÉS

¡Qué he escuchado!

(Transición, aunque su rostro desmiente lo que dice.)

Yo adoro al Rey ¿sabéis?... El es mi esposo,
yo su sierva, su esclava, y de sus brazos
nadie me arrancará, sino la muerte:
que él es mi Rey, mi Dios, toda mi vida.

GALÍN

Miradme... así... ¿por qué lloráis?

INÉS

No lloro.
Yo quiero al Rey.

GALÍN

Mentís ¿por qué la cara
me ocultáis?

INÉS

Yo le quiero.

GALÍN

¡No, mil veces!

(Galín sujeta a Inés por el brazo y quiere verle el rostro, que ella vuelve, bregando, al mismo tiempo, por libertarse de él.)

INÉS

¡Por Dios!...

GALÍN

No; si lo sé, si lo adivino,
si vos no sóis del Rey ¡sóis mía, mía!

INÉS

(Con un grito ahogado.)

¡Ah!

GALÍN

(Convencido.)

Me queréis.

INÉS

¡No!

GALÍN

(Queriendo besarla.)

¡Inés!

INÉS

(Gritando para defenderse.)

¡Ramiro!

GALÍN

(¡Oh, rabia!)

INÉS

¡Ramiro!

RAMIRO

(Apartando la cortina, apena despierto:)

¿Quién me llama?... Juraría
que era su voz...

(Vuelve a dejar caer la cortinas pausa larga.)

INÉS

(En voz muy baja.)

¡Marchaos!

GALÍN

(En voz muy baja.)

¡La limosna
de una esperanza!...

INÉS

(Juntando las manos, para que la obedezca.)

¡Pronto!...

GALÍN

(Avanzando hacia ella, resuelto.)

Inés...

INÉS

(**Corriendo a la estancia del Rey, seguida, al principio, de Galín.**)

¡Salvadme,
Ramiro!

GALÍN

(**Huyendo por la puerta de la izquierda.**)

¡Oh, maldición!

RAMIRO

(**Incorporándose en el lecho y descorriendo por completo el cortinón.**)

¡Qué! ¿Quién me llama?

ESCENA VI

RAMIRO, INÉS

INÉS

(**Con muestras bien claras de espanto, abrazándose al Rey, que saltó del lecho.**)

Yo soy...

RAMIRO

¿Qué tenéis?

INÉS

Miedo: estaba sola.

RAMIRO

Miedo ¿de qué?

INÉS

No sé... creí... sería
una sombra, en el muro; el aire... el paso
de un centinela... ¡No os vayáis!... Yo os quiero
cerca de mí, señor... así... mirándonos,
los ojos en los ojos, como ahora...
Tiemblo si estoy lejos de vos, y tiemblo
si otro se acerca a mí; porque soy vuestra,
porque ansío ser vuestra, y os adoro
más que a nadie en el mundo; y quiero atarme
perpetuamente a vos con las cadenas
de mis brazos... así...—¡Y ahora, que venga!

RAMIRO

¡Oh, calor de su piel¡ ¡Oh, dulce aroma!
¡Qué hermosa es, a mis ojos!... ¡Fuente clara,
jardín de rosas y panal de mieles!...

(De repente, como si despertara de un sueño, la rechaza brutalmente: Inés cae sobre una silla.)

—¡No, no, aparta de mí, boca de infierno!

INÉS

¡Ramiro!

RAMIRO

¡Te aborrezco, te maldigo!

INÉS

¡Piedad! ¡Piedad!

RAMIRO

(Con acritud.)

¿Qué me queréis, señora?
¿A qué venís?

INÉS

¡Piedad!... ¡Ah!

RAMIRO

(Idem.)

¡Siempre, siempre,
ha de cruzarse en mi camino! ¡Basta!
¡Me cansáis!

INÉS

¡Oh, me injuria!

RAMIRO

¡Basta, os digo!
¡Rezadle a Dios que da, al volcán, la nieve!

(Se aleja; pero llegando a la puerta, se detiene, duda y vuelve al lado de Inés.)

(¡Maldito yo, maldito yo, mil veces!
La asesino... ¿y quién rompe esta cadena

si esta en el alma remachada?)... —Oidme
Señora... no lloréis... Mi Dios me manda
que deje las grandezas de este mundo,
que olvide por su cielo otro... de tierra.
Señora... yo, ciego de orgullo, un día,
la corona acepté... y a vos con ella.
Pero Dios, en castigo,
todo el infierno puso en mis entrañas...
Yo le rezo, los días y las noches,
y no basta; con oro y pedrerías
y trofeos de guerra adorno altares,
y no basta; doy vuelta a mis cilicios
y no basta tampoco... Una voz, siempre,
me repite: «has pecado, tú has pecado»
¡y al sepulcro del claustro, de rodillas,
he de volver, hasta borrar mi crimen!

INÉS

Mas yo... ¿qué hice, señor?... Y me castigan.
¿Qué culpa fué la mía?

RAMIRO

No; el castigo
no llegará hasta vos. Vos sóis la Reina,
la madre de mi hija... ¿a vos, qué os falta?
¡Tenéis un reino a vuestros pies y besa
todo Aragón de vuestro manto el borde!

INÉS

Pero vos pretendéis abandonarme...

RAMIRO

Por mi Dios.

INÉS

Es un crimen .. Confesadlo:
nunca me habéis querido.

RAMIRO

¿Qué?... —No, nunca.

INÉS

(Pobre de mí, que ruedo y se me niega
la mano en que apoyarme.)

RAMIRO

(Si esta prueba
no termina, sucumbo). —Esta es, señora,
la última vez que hablamos.

INÉS

(**Abrazada a sus rodillas.**)

¡No, no, gracia!
¡Salvad mi alma, Ramiro!

RAMIRO

¡Si pudiera!...
mas ¿quién salva la mía?

INÉS

(Y yo no puedo
hablar... se vengaría...) ¡Yo soy vuestra,
vuestra, señor!

RAMIRO

(Procurando desprenderse de sus brazos.)

¡Adiós... hasta la gloria!

INÉS

(Al abrazarle más estrechamente, se le cae el velo que llevaba sobre su cabeza.)

¡No, no; no os dejo; nunca!

RAMIRO

¡Adiós!

INÉS

¡Salvadme!

RAMIRO

¡Cuanto más me abrazáis, más, ay, señora,
me claváis el cilicio en carne viva!

INÉS

¡Oh, basta de rogar!

RAMIRO

(¡Dios!, vuestro, vuestro.)

INÉS

(Perdida soy. Me encerraré en un claustro;
pero, si caigo al ir, suya es la culpa.)

(Sale por la izquierda.)

ESCENA VII

RAMIRO

—¡Oh Dios, mi Dios!... Esto es morir cien veces.
¡Dadme valor para apartarme de ella!

(**Pausa. Se yergue, resuelto.**)

¡Ah... basta! Desde ahora, una muralla
nos separa. Soy otro. Soy... el monje.
Tendré Consejo; y después de él, hoy mismo,
a mi clausura, antes que acabe el día.
Y allí, otra vez, volveré a ver el humo
del incienso, en el aire; y a mis labios
tornará la oración que purifica...
!Ya vengo, soledad, cuánto me tardas!

(**Los ojos de Ramiro tropiezan con el velo de Inés, que quedó en mitad de la escena.**)

¿Qué es ésto?... es de ella... Un velo... el que hoy
[llevaba.
¿Por qué lo habré cogido?... ¡Y aún conserva
su calor... su perfume!... Aquí está, toda.

(**Va a besarlo, mirando antes si alguien puede verle; al fín, no lo besa.**)

¡No, no! ¡Qué iba a hacer yo!... ¡Maldita sea
mi diestra, que el cendal ha levantado!
Con él la muerte derramé en mi pecho
y los ojos de Inés, como tizones,
dentro de mí, otra vez, arden y abrasan...

(**Pausa. Comienza luego con acento cariñoso y prosigue arrebatado:**)

¿Y ella, cuándo hizo mal, que la castigas?
Ella merece un hombre que la adore
y que la abrigue, tórtola, en sus brazos...
y yo la adoro; yo, que ningún otro;
y ella me quiere; a mí, que a otro no quiere.

(Pausa.)

¡Si renunciara a Dios!... ¡Si me olvidara
de Dios!...
¡La tomaría entre mis brazos;
la llevaría, como un haz de flores,
lejos de los mortales, a las selvas,
deshaciéndome, al roce de su cara
sobre mi piel quemada por las lágrimas,
y allí, de mi pasado y de mi reino,
de mí mismo y de Dios renegaría!...
¡Ah!... pero, a nuestro paso, los torrentes
gritarían «sacrílegos, malditos»,
lanzándonos al rostro sus espumas;
los árboles, cerrando con sus ramas
el camino, «sacrílegos, malditos»,
repetirían, y al manar las fuentes
y en la llanura y la montaña, el viento
«sacrílegos, malditos», rugirían...
Y al sepultarnos, fugitivos ambos,
sangrando nuestros pies, en una cueva,
cuanto más nos hundiéramos, más hondo,
«sacrílegos, malditos», siempre, siempre,
dentro de nuestros huesos, oiríamos!

(Cae por el suelo y vuelve a erguirse feroz.)

¡Un rayo, oh Dios, un rayo nos abrase
a mí y a esa mujer!...

(Desesperado, llorando.)

¡Sí; pero él junte
con mis cenizas, las cenizas de ella!

ESCENA VIII

RAMIRO, JIMENA, INÉS

(Inés no aparece hasta que se indica.)

JIMENA

(Desde la puerta de la izquierda.)

Señor...

(Ramiro no la oye.)

Señor...

RAMIRO

¿Quién es?

JIMENA

Perdón.

RAMIRO

¿Quién llama?

JIMENA

Soy...

RAMIRO

(Huyendo por la derecha.)

¡No, no os quiero oir! ¡Dios, amparadme!

JIMENA

¡Desventurada Inés!... No hay esperanza.

INÉS

(Que llega por la izquierda.)

¿Le vísteis?

JIMENA

Sí.

INÉS

¿Qué ha dicho? ¿Qué contesta?
¿Por qué calláis? Hablad .. Estoy temblando.

JIMENA

Huyó al verme llegar.

INÉS

¡Oh, madre, madre!
no hay para mí remedio.

JIMENA

A un monstruo ruegas.

INÉS

(Después de una pausa breve; resuelta.)

Antes que él vuelva al claustro, de esta casa
quiero alejarme... ¿oís?... Cuanto me cerca,
me da espanto.

JIMENA

¿Qué has dicho? ¿A qué esta prisa?
Esperemos, Inés; aunque él se vaya,
puede volver, como ya ha vuelto un día,
rompiendo su clausura... Eres la Reina
y es tu hija quien hereda la corona:
¿Quieres abandonarla?... ¿Lo has pensado?
¿No la quieres?

INÉS

¡La adoro, pobre mía!
¡Mi hija del corazón!... en mala hora
has venido a la tierra, ángel del cielo.
(Con desesperación.)
...Pero, a veces—¡qué horror!—ni la recuerdo;
y el beso que le doy lo mojan lágrimas
que por el Rey no corren ni por ella...

JIMENA

¿Por quién, entonces?

INÉS

¡Oh, Dios mío, mátame!

JIMENA

¿Por quién?, dilo, ¿por quién?... Responde: pronto.

INÉS

¡Ah, perdón!

JIMENA

No te vuelvas... así... ¡mírame!

INÉS

¡Sí; yo quiero, yo quiero con locura
y no a Ramiro!

JIMENA

¡Maldición!

INÉS

Sí...

JIMENA

(Rechazándola.)

¡Vete!

INÉS

¡No! no me rechacéis, que entró en mi pecho
como un salteador de los caminos;
y yo soy pura; y quiero huir, por eso:
¡amparadme, Jimena, madre mía!

JIMENA

¿Quién es el criminal?

INÉS

¡Oh, no!

JIMENA

Responde:
su nombre; quién es él.

INÉS

No; de mis labios
no ha de salir su nombre.

JIMENA

¡Es que es preciso
que él muera! Es que yo misma...

INÉS

(Con terror.)

¡No, Jimena!
Acompañadme al claustro.

JIMENA

Y pronto: hoy mismo.

INÉS

Yo he escogido el convento de Las Forgas
que está lejos de aquí...

JIMENA

Haré que lleve
un heraldo el mensaje a la Abadesa.

INÉS

(Que ve llegar a Galín por la izquierda.)

(Galín...)—Para evitar murmuraciones,
madre, es mejor que sea vuestro hijo
el portador de ese mensaje.

JIMENA

Cierto.

INÉS

Y ahora, venid conmigo hasta mi estancia
y acompañadme en ella... (Y así, alejo
de mi lado a Galín: le temo).

JIMENA

(¡Oh, Virgen!
¡Sí, sí, a un convento y tu piedad la ampare!)

(Salen Inés y Jimena por la puerta del fondo. Al mismo tiempo entran, por la derecha, Galín y Atarés, siguiendo una conversación empezada.)

ESCENA IX

GALÍN, ATARÉS

GALÍN

Decid lo que queráis; yo no me explico
que se olviden agravios como el vuestro.

ATARÉS

(Fingiendo humildad.)

Dios manda perdonar.

GALÍN

(Excitando su odio.)

Aunque El lo mande;
obedece el que puede; fué delante
de la corte, el agravio.

ATARÉS

Ya hará de esto
sus tres años... o más ¿quién no lo olvida?

GALÍN

(Riendo.)

¡Os dejó sin corona y en recuerdo
su mano os selló el rostro!

ATARÉS

(No pudiendo contener el odio.)

¡Oh... miserable!

GALÍN

(Satisfecho.)

¡Ah, por fín!

ATARÉS

(Disimulando de nuevo.)

No: miradme; fué un relámpago;
y, en el acto, tranquilo. Le perdono
poque él es... un gran Rey.

GALÍN

Para la Iglesia.
La colma de tesoros; si esto dura,
no le queda a Aragón palmo de tierra
que no duerma a la sombra de un cenobio

ATARÉS

¿Y vos habláis así?... Me maravilla;
¡vos, que sóis tan del Rey!

GALÍN

La mente es libre;
sólo el brazo es del Rey; para la patria
puedo anhelar la dicha que no encuentra.

ATARÉS

Galín... una pregunta .. ¿os vengaríais,
en mi lugar, del Rey?

GALÍN

Sí.

ATARÉS

¡Bravo arresto!
Pues ahora, otra pregunta... Si os pidiera
que me ayudárais...

GALÍN

¡Atarés!...

ATARÉS

(Mirándole en silencio y tratando de leer en su rostro.)

Decidme:
¿sóis espía del Rey?

GALÍN

(Con enojo.)

¡Qué!

ATARÉS

¿Y él os manda
que mis pasos sigáis?

GALÍN

¡Yo le aborrezco,
señor de Borja, al Rey! - Vos, en el rostro
recibísteis su injuria; yo, en el alma.

ATARÉS

(Riendo.)

¿Vos?... No lo creo.

GALÍN

¡Por quien soy, lo juro!

ATARÉS

Ah, pues dejad que ría; ahora me cumple.

(Remedándole.)

¿Vos le habéis perdonado? No me explico
que se olviden agravios como el vuestro.
Pero... ¿agravios a vos? ¡Si sóis un niño!

GALÍN

(Arrebatado.)

Y el vuestro fué instantáneo; el mío crece
a cada hora, Atarés. Sus alegrías

son dolores que muerden mis entrañas.
¿Cómo habéis hecho vos, para olvidaros?
Yo no puedo olvidar; sed de venganza
reseca mi garganta y hasta en sueños
acaricio el puñal... ¡Y si al Rey miro,
siento deseos de escupirle al rostro,
de ahogarlo entre mis brazos y aplastarlo,
debajo de mis pies, contra la tierra!

(Atarés le contempla fijamente y sonríe. Galín le toma del brazo y prosigue, con creciente ansiedad)

Decidme que le odiáis como le odio;
decidlo, por piedad; que me exaspera
no encontrar quien me entienda; todos hablan
con cariño, del Rey; le admiran todos;
vos y yo, no: decid que estáis conmigo.

ATARÉS

(Insistiendo en comprometer a Galín, sin comprometerse a sí mismo.)

Vos amáis; la mujer que os ha hechizado
es...

GALÍN

¡Callad!

ATARÉS

Es... la...

(Se establece una lucha entre ambos, sobre quién será el primero que haga decir al otro su secreto.)

GALÍN

No: no quiero oiros.

¿Odiáis al Rey?

ATARÉS

Vos ¿la queréis a ella?

GALÍN

Sí: ¿y vos?... Decidlo, hablad...

(**Exigiendo confianza por confianza.**)

ATARÉS

(**Triunfal.**)

¡Yo, solamente

quiero la gloria de Ramiro!

GALÍN

(**Despechado, se abalanza contra el de Borja.**)

¡Oh!

ATARÉS

(**Conteniéndole con su frialdad.**)

Calma.

GALÍN

(**Reaccionando.**)

(¡Por qué hablé!) ¡Pues de muerte os amenazo si contáis...

ATARÉS

(Viendo llegar a Jimena por el fondo.)

—Vuestra madre.

GALÍN

(¡Oh, que no vea
mi inquietud!)

ESCENA X

JIMENA, GALÍN, ATARÉS

JIMENA

(Viene al encuentro de Galín y habla con él, en segundo término, en voz baja.)

Hijo...

ATARÉS

(Soberana, grande
mi venganza será... yo te vigilo,
pobre doncel... ¡y me lo cuenta, el necio!
¡El alma del que quiere está en su lengua!)

(Sale Atarés por la izquierda, riendo.)

GALÍN

No, madre, soy feliz... ¿cómo no serlo
si me cerca la dicha?

JIMENA

Es que te traigo
mensaje de dolores... La que ha sido
como una hermana tuya desde niña,
sufre, duda, y asilo, en lo profundo
de un claustro, va a buscar.

GALÍN

¡Inés!... ¿la Reina?

JIMENA

Sí, hijo mío; ahora mismo.

GALÍN

No es posible;
decid que no es verdad.

JIMENA

Es como he dicho.

GALÍN

(Sosiega corazón.)

JIMENA

Y a tí te duele
¿verdad? No niegues, no... ¡si lo comprendo!
¡Si crecísteis los dos en mi regazo!
¡Si rezásteis en él! ¡Si en él, mil veces,
tus labios y los de ella se encontraron!

GALÍN

Madre ¿y por qué?...

JIMENA

Por... porque Dios lo quiere.

GALÍN

(Ansiedad.)

¿Lo manda el Rey?

JIMENA

El, no. Mas cuando él salga
para el convento, hoy mismo, repudiando
ante la corte a Inés, quiere tu hermana,
para guardar su nombre, en el sagrado
de otro convento entrar.

GALÍN

Yo debo hablarle.

JIMENA

No puede ser.

GALÍN

¿Es ella... quien se opone?
¿Es Inés?... ¡Aun si es ella! Yo he de verla.

JIMENA

(Deteniéndole.)

¡No!

GALÍN

¿Por que, madre?

JIMENA

La entristece tanto
separarse de su hija, que su fuerza
guardando hasta el final, no verá a nadie;
—ni a tí.

GALÍN

(¡La pierdo!)

JIMENA

Pero a tí te ruega
que vueles cabalgando hasta Las Forgas,
a prevenir de su llegada al claustro.
El convento está lejos; cuando vuelvas
ya no la encontrarás ¡pobre hija mía!

GALÍN

(Me aleja; le doy miedo, es que me quiere.)

JIMENA

Ya no lloras...

GALÍN

Ya no; pero decidme
si no es para llorar su desventura.
Ha sido un monstruo el Rey; ha destrozado
su corazón...

JIMENA

Es cierto; pero calla.

GALÍN

¡Malhaya el día en que dejó su celda!
¡Malhaya!...

JIMENA

(Horrorizada.)

¡Oh, no!

GALÍN

(Irónico.)

Callemos: acatemos
los designios de Dios; hágase, en todo,
su santa voluntad.

JIMENA

Así, hijo mío—
requiere tu caballo y vé al convento,
que es necesario que, antes de una hora.
estés allí.

GALÍN

(Fatidico.)

¡Como si cabalgara
en un rayo de Dios, estaré, madre!

JIMENA

(Pero el vil, el culpable
de todo... ¿quién será?... ¡desventurada!)

(Galín ha empezado a salir por la derecha. Sale Jimena por la izquierda, y entonces Galín vuelve a escena.)

ESCENA XI

GALÍN

Huye... se va... se va, porque en mis brazos
empezaba a caer... ¡ah, sí!... Me quiere.
Y ahora, cuando lo veo, cuando es mía,
cuando el Rey para siempre la abandona
y el obstáculo entre ambos se derrumba,
¿dejaré que se vaya?, ¿he de perderla?
¡No, jamás! ¡Quiero hablarle! ¡De rodillas,
me arrastraré a sus pies; que necesito
para vivir, su aliento y sus miradas,
el crujir de sus ropas en mi oído
y este esperar que, si se va, se acaba!
Ella está allí, en su estancia... Está allí, sola
y aquí nadie me ve... Y antes que pase
una hora, la pierdo para siempre...
¡No! ¡Corazón, ayúdame!

(Palpando su cinto.)

Sí: el arma.
¡Llego, suplico, y si en huir persiste,
tropezará, al salir, con mi cadáver!

(Sale por la puerta del fondo, volviendo a ajustarla, en el momento en que Atarés llega por la izquierda.)

ESCENA XII

ATARÉS, luego LISANA, VALTERRA, CORNEL y varios *caballeros*

(Todos llegan cuando se indique: al principio, Atarés, sólo, corre a la puerta de la estancia de la Reina.)

ATARÉS

Estoy vengado. Así... No hay otra puerta
para escapar. Y ahora, venid, Ramiro.
¡Que yo, siguiendo el uso establecido,
ya que esta puerta se abre a los galanes
de ocasión, pongo en ella
la señal que se pone en los burdeles!

(Clava su puñal en la puerta de la estancia de la Reina. Entran Lisana y Cornel.)

LISANA

Señor de Borja, el Rey viene a Consejo...

ATARÉS

(Manifestando grande agitación en toda la escena; sonriendo:)

¡Ah, bien venga, que el día es hoy de gloria
para el Rey Don Ramiro!

CORNEL

(Extrañando el tono de Atarés.)

¡Atarés!...

LISANA

Conde...

ATARÉS

¡Con qué gozo os saludo!... pero tardan
en llegar, nuestros nobles... Dadles prisa...

(Van entrando, por grupos, los caballeros del Consejo.)

Todos... todos aquí.

LISANA

Parece extraño
vuestro... gozo, Atarés.

ATARÉS

¡Y ahora, quisiera
que fuesen de cristal estas paredes
y que en la plaza, a vernos, se juntara
toda la gente de Aragón!

(Entra Valterra.)

—¡Valterra
también, aquí! ¡Gran día!

VALTERRA

Estáis contento.
Años ha no lo estábais.

ATARÉS

Desde el día
en que murió mi Rey y en que la diestra
al nuevo Rey se le cayó en mi rostro;

dejóme en él un ruin olor a incienso,
vino de altar y sangre coagulada...

CORNEL

(En voz baja.)

¿Qué os pasa?

LISANA

(A Valterra.)

¿Está borracho?

CORNEL

¡Si os oyera
llegando, el Rey!

ATARÉS

(Que ríe.)

¡El Rey!... Cornel, Lisana,

(Todos se le acercan.)

Valterra... todos, escuchadme: un día
juré clavar mi propia daga enmedio
del corazón del Rey; ya está; palabra.

CABALLEROS

¡Oh!

VALTERRA

¡Qué dice!

LISANA

¡Atarés!

ATARÉS

Pero en el pecho
corazón no tenía, el miserable.
Lo halló, al fin, mi puñal y en él se ha hundido.
Venid, venid, ¡miradlo, caballeros!
¡Yo lo he clavado bien: que él se lo arranque!

(Gran conmoción de encontradas ideas entre los caballeros rumor de discusión acalorada.)

ESCENA XIII

RAMIRO, ATARÉS, LISANA, CORNEL, un *heraldo,* los *caballeros,* los *monjes*

(Ramiro viene rodeado de monjes. Ha querido que la religión le fortalezca en su resolución tomada Su emoción ha de ser muy visible. Un monje le sostiene.)

HERALDO

(A la derecha.)

¡El Rey!

LISANA

¡Él!

CORNEL

(A Atarés.)

Os perdéis.

VALTERRA

(Suplicante.)

¡Atarés!...

ATARÉS

(Apartando a todos y quedando en primer término.)

¡Basta!

RAMIRO

(Abatidísimo.)

(¡Valor!) Pláceme ver, oh ricos-hombres
de Aragón, ante mí, la flor del reino.
A Consejo os llamé para deciros
que, renunciando para siempre al trono,
vuelvo otra vez a Dios. Mi hija la he dado
al Conde Berenguer de Barcelona;
y el bravo paladín, desde hoy, señores,
levantará la espada de estos reinos!

(Atarés contesta en nombre de todos. Habla con sarcasmo y doble intención que el Rey no puede comprender porque no está en antecedentes de lo que ocurre. Mientras habla Atarés, los caballeros irán volviendo su mirada hacia la puerta de la Reina. Se oye el agitado murmullo de sus comentarios. Ramiro está con la cabeza inclinada y las manos sobre el pecho, rezando. Lisana y otros caballeros se han acercado al Rey para impedir, con sus cuerpos, que Ramiro vea el puñal.)

ATARÉS

Bien está, Rey. Sóis grande. Los placeres
para... otros; para vos, la desventura:
he aquí el monje, señores, he aquí el santo;
torna a Dios... y se olvida de este mundo.

(Dirigiéndose a los nobles y en voz reconcentrada:)

Pero, en tanto, a través de esas paredes,
yo veo una mujer, Reina y esposa,
que el amor paladea, entre los brazos
de su vil gustador... Guardan la puerta
del amoroso tálamo, la sombra
del monje que fué Rey... y este cuchillo
de un noble de Aragón; el mío: ¡vedlo!

(Tumulto. Valterra y algunos caballeros hablan a Ramiro, queriendo distraerle de la situación. Al terminar Atarés sus palabras, Ramiro no se explica la emoción de los nobles.)

LISANA

(Al Rey.)

Retiraos, Señor.

VALTERRA

Señor...

RAMIRO

¿No aprueban
mi abdicación?

VALTERRA

Yo os contaré...

RAMIRO

¿Qué dicen?

LISANA

Salgamos de esta estancia...

RAMIRO

(¡Qué misterio!)

Mas ¿qué es?

LISANA

(Sin atreverse a hablar; pero queriendo llevárselo:)

Señor...

RAMIRO

(Recelando, sobreponiéndose y, por fin, imponiéndose a los caballeros, resuelto a aclarar la situación.)

¡Salid!

(Van saliendo todos por la izquierda, hablando emocionados. Los monjes salen por la derecha. Don Ramiro apartó, antes que a nadie, a Valterra y Lisana, que salen aterrados. Otros caballeros, al salir, se llevan a Atarés, que se resiste. Murmullos. Inquietud en odos)

—Se van... me dejan...
¡Deteneos!... ¿Qué pasa?... ¿Qué decían?
¿Por qué miraban tanto a aquella puerta...
la de la Reina?... ¡Qué!... ¡Dios mío!... ¡Un arma!
¡Y aquí!... ¿Quién la ha clavado?

(**Atarés ha vuelto; pero el Rey no le ha visto todavía:**)

Nadie... ¡sólo!
¡Oh, no; no me dejéis cuando enloquezco!

(**Ve al de Atarés, cruzado de brazos.**)

¡Ah, vos! Hablad... Esa arma...

ATARÉS

(**Con naturalidad**)

Es cerradura.

RAMIRO

¿De quién?

ATARÉS

Abrid y entrad, si queréis verlo.

RAMIRO

(**Da unos pasos hacia el fondo y se detiene:**)

(¡Qué frio!... ¡Inés!...)

(**A Atarés:**)

Pero el puñal...

ATARÉS

Es clavo
del que podéis colgar un esqueleto:
¡adentro está la Reina con su amante!

(Ramiro intenta lanzarse sobre Atarés; brota de su garganta un rugido como de fiera; y con visibles espasmos convulsivos tiene que sostenerse en un mueble; Atarés da un salto atrás, para esquivar al Rey, y sale, por la izquierda, riendo con estrépito.)

RAMIRO

¡Ah!

ATARÉS

¡Gracias, Satanás!

ESCENA XIV

RAMIRO; luego, INÉS

(Ramiro, tambaleando, llega a la puerta de la Reina; arranca el puñal y escucha un instante.)

RAMIRO

¡Mios!

(Se hace atrás y rápidamente cierra los puertas de la derecha y de la izquierda. Luego, vuelve al fondo; forcejea y abre la puerta violentamente.)

Cerremos;
y ésta, también; que nadie oiga ni vea.
El sepulcro ya está: falta el cadáver.
¡Inés! ¡Inés!... ¡Salten los goznes! ¡Paso!

(Entra en la estancia de la Reina.)

INÉS

(Dentro.)

¡Ah!

RAMIRO

(Dentro.)

¿Quién es?

INÉS

(Idem.)

¡Ah!

RAMIRO

(Idem.)

¡Quiero su vida!

INÉS

(Sale gritando:)

¡Madre,
socorro!

RAMIRO

(Sujetándola por los cabellos.)

¡No has de huir! ¡Aquí!

INÉS

(Cayendo al suelo.)

¡Me muero!

RAMIRO

Huyó por la ventana .. y escondía
su rostro el miserable... ¿quién es?... ¡dilo!
yo le he herido, en la mano, al descolgarse
del ventanal...

INÉS

(Desvaneciéndose.)

¡Ah!

RAMIRO

¡Dilo!... no, no puedes
morirte sin hablar. ¡Digan tus labios
su nombre aborrecido, y después venga
por tí, todo el infierno!... ¿Quién es?... ¡Habla!
Habla, por Dios, Inés!... ¿Estará muerta?
¡No!... late el corazón... ¡vive!... ¡su nombre!

(Ramiro está de rodillas. Inés continúa desmayada, dando, poco a poco, indicios de que vuelve en si Las primeras palabras que Inés pronuncia son creyendo estar todavia con su amante.)

¡Y lo dirá!... sí, lo dirá... ¡contéstame!
por caridad, Inés... ¡su nombre!... dilo...

(La contempla.)

Sonríe... tal vez sueña... Inés ¿quién era?
Nadie nos oye... sólo yo te escucho,

(Acerca el oído a los labios de Inés:)

yo, que te quiero tanto... Di... a mi oído...

INÉS

A tí... no al Rey...

(Le besa. medio desvanecida. El beso y las palabras de Inés muy distintos, para que lleguen bien al espectador.)

RAMIRO

(Rechazándola.)

¡Execración!... ¡Ah, monstruo!
¡Ya sellaste la infamia con tus labios
sobre mi piel!

INÉS

(Dando un grito y levantándose, despavorida.)

¡Oh!

RAMIRO

¡Un rayo que lo borre!

INÉS

¡Auxilio!

RAMIRO

Has de morir.

INÉS

¡Piedad!

RAMIRO

¡Ni rastro
de ella me queda!

INÉS

¡Oh!

RAMIRO

¡De rodillas!

INÉS

(Desprendiéndose del Rey, corre a la puerta de la izquierda; logra abrirla.)

¡Madre!

RAMIRO

¡Vil!

INÉS

¡Jimena, piedad!

ESCENA XV

RAMIRO, INÉS, JIMENA; después GALÍN

JIMENA

Inés...

RAMIRO

¡Oh!

INÉS

¡Madre!

RAMIRO

¡Salid!

JIMENA

¡Ah, no!

(La recoge en sus brazos. Galín entra por la misma puerta, pálido y rígido. Avanza como un fantasma, sin ser visto de nadie.)

RAMIRO

¡La lepra ofende menos
que una mirada suya! ¡Está infamada!

JIMENA

¡Inés!

INÉS

Perdón...

JIMENA

¿Qué?

(Al Rey.)

¡El nombre del villano¡

RAMIRO

¡Si vos me lo decís, yo os doy mi vida!

JIMENA

(A Inés.)

¿Quién es?

RAMIRO

(A Inés.)

Hablad...

JIMENA

¿Quién es, para que muera?

INÉS

¡Nunca, señora! ¡Vos y yo, salvémosle!

RAMIRO

¡Y le defiendes todavía! ¡Basta!

(Cuando va a herirla, se interpone Galin, sujetándole el brazo.)

GALÍN

¡No la toquéis, cobarde!

RAMIRO

¡Qué!

JIMENA

¡Hijo mío!

RAMIRO

Tu mano... ¡herida!

GALÍN

¡Herida!

RAMIRO

¡Es él! !Oh, rabia!

JIMENA

¡Tú!

INÉS

¡Dios mío!

RAMIRO

¡Tu sangre!

GALÍN

¡A mí, la vuestra!

RAMIRO

¡Vas a morir!

GALÍN

¡Moriréis vos!

INÉS

(Corriendo a la derecha y abriendo la puerta:)

¡Auxilio!

JIMENA

(En la otra puerta, gritando:)

¡Aquí!

(Los caballeros invaden la escena por ambas puertas y pretenden separar al Rey y Galín. Todo, rapidísimo.)

ESCENA XVI

RAMIRO, JIMENA, INÉS, GALÍN, LISANA, CORNEL, VALTERRA y *caballeros*

LISANA

¡Señor!

VALTERRA

¡Por Dios!

RAMIRO

¡Oh, vil!

CORNEL

¡Rey!

GALÍN

¡Fiera!

LISANA

¡Tenéos!

RAMIRO

¡Muere!

GALÍN

¡Muere!

INÉS

¡Ah!

CORNEL

¡Dios!

(La caída en tierra de un cuerpo humano.)

TODOS

¡Oh!

INÉS

¡Madre!

(Momentos antes de caer el telón, se habrá visto a Ramiro y Galín con las dagas en alto. Los caballeros, rodeándoles, impiden que los espectadores vean a los que luchan. Inés y Jimena quedan abrazadas. El público ignora quién es el herido. Todo el final de esta escena es rapidísimo.)

TELÓN RÁPIDO

ACTO TERCERO

Cámara enorme de austeros y rancios sillares. Al fondo, sobre unas gradas, arco que da a otra cámara. En ésta, gran puerta cerrada, que es de ingreso a la clausura del monasterio de San Pons de Tomeras. Puertas a ambos lados de la escena; la segunda de la derecha cerrada. Es de noche. Hay una lámpara colgada en la primera cámara y otra, de brillo menor, en la segunda, iluminando entre las dos, muy pobremente, la escena.

ESCENA PRIMERA

LISANA, VALTERRA, CORNEL

(Lisana, con mucha agitación, pasea. Valterra y Cornel hablan.)

VALTERRA

Más quisiera el reposo de la tumba
que presenciar tanta deshonra.

CORNEL

Todo
le es adverso a Ramiro.

VALTERRA

Adverso al reino;
que es nuestro Rey... Yo tiemblo, al recordarlo;

me parece que ha sido pesadilla;
y estos ojos lo vieron.

LISANA

Vuestro hermano
de armas, Cornel, es trágico en sus befas;
su venganza da horror... ¿Por qué el cuchillo
no se clavó Atarés en las entrañas?
En la puerta real fué villanía.

(**Torna a pasear.**)

CORNEL

Tras ella estaba el crimen... ¿delatarlo,
según vos, no debía?

LISANA

¡Al Rey tan sólo!
Decirlo a todos fué extender la mancha.

VALTERRA

La acción del de Atarés no es disculpable.

CORNEL

(**A Valterra.**)

Ante todos el Rey, cuando era monje,
cruzóle el rostro al de Atarés, un día;
no lo olvidéis, señor; pública ofensa
y pública venganza: ha sido justo.

VALTERRA

Cuidad que el Rey no os oiga y no descargue
su indignación en vos.

LISANA

Porque el de Borja,
como quien es, disfrutará del triunfo
lejos de aquí ¿verdad?

CORNEL

Voló a Castilla
y ya estará pasando la frontera.
Pero el Rey le ha olvidado; sólo busca,
vivo o muerto, a Galín... ¿sabes, Lisana,
donde pudo ocultarse?

(Con intención.)

LISANA

(Paseando.)

No sé...

CORNEL

Dicen
que el Rey su daga le clavó en el pecho;
mas no llegó a caer, porque unos brazos
asieron de él, y mientras otros nobles
rodeaban al Rey, dicen que os vieron
llevaros al herido.

LISANA

Cíerto es todo;
pero ahora ignoro dónde esté... La turba
despavorida entraba y, al cruzarnos,
le perdí entre la gente.

CORNEL

¿Estais seguro?

LISANA

Poned que sí. Porque, aunque yo supiera
dónde se halla Galín, no os lo diría.

CORNEL

¿Desconfiais de mí?

LISANA

Sois partidario
del de Atarés... y basta.

CORNEL

Yo os pregunto
si tenéis por leal a quien oculta,
de la justicia, a un reo.

LISANA

Sí; vos mismo
¿entregarías a un herido?

CORNEL

¡Siendo
Galín, le entregaría como fuese!

LISANA

Ya he dicho: amigo de Atarés, y basta.

CORNEL

¿Sois vos leal al Rey?

LISANA

Pues bien: buscadle;
olfatead; ya estais sobre sus rastros;
seguid... El Rey lo paga bien... da oro
por su cabeza...

CORNEL

¡Conde!

LISANA

Mas yo os juro
que, antes que al Rey lo entreguen vuestras manos,
conocerá mi espada vuestro pecho.

CORNEL

¡Lisana!...

VALTERRA

¡Conde!...

ESCENA II

LISANA, CORNEL, VALTERRA, FRAY GÜILDO

GÜILDO

(Viniendo por la izquierda y saludando.)

¡Dios sea con todos!

CORNEL

Cuando querais, Lisana,
podemos poner fin a nuestro diálogo.

LISANA

Y en donde vos querais.

CORNEL

Yo haré por veros.

(Sale por la puerta de la derecha.)

GÜILDO

(Todos igual: ni me oyen ni me han visto.)

LISANA

(A Valterra.)

Cornel sospecha.

VALTERRA

(A Lisana.)

Hablará al Rey.

LISANA

¡Le matan,

si dan con él!

VALTERRA

Falta que le hallen vivo.

LISANA

(Viendo entonces a Güildo.)

¡Un monje!... Oid.

GÜILDO

Os oigo.

LISANA

¿A un perseguido
manda Dios ampararle?

GÜILDO

Llevo prisa...
(Es por Galín. Que allá se las arreglen.)

(Va a salir. Entretanto, Lisana y Valterra han hablado en voz baja.)

VALTERRA

(Deteniéndole.)

No os vayais; responded.

GÜILDO

Más tarde...

LISANA

Ahora.

GÜILDO

Lo que Dios manda es no estorbar al prójimo, caballeros, dejadme.

LISANA

Vuestros votos
no os dejan desoirnos; preguntamos
al monje, responded.

GÜILDO

¿Y si me oyera
nuestro buen Rey?... ¡por Dios!

LISANA

¡Por El decidlo!

GÜILDO

Por El... pues sí... Dios manda que amparemos
a un perseguido... Pero nada he dicho...
nada sé... llevo prisa...

VALTERRA

Deteneos.

GÜILDO

Luego...

LISANA

¡En Dios y por Dios, debéis ahora
amparar a un herido!

GÜILDO

¡Yo! (Me pierden.)
Si nada sé, señor... si yo pasaba...
¡para qué vine aquí!

LISANA

¡Para salvarle!
El Rey le hace buscar por sus verdugos;
al fin darán con él... y vos tan sólo
le podéis amparar.

GÜILDO

¿Cómo?

LISANA

Esa puerta
da paso del convento a la clausura.
En derecho de asilo, un reo que entre
por ella, está salvado: ni el Rey mismo
lo puede reclamar. Padre, apiadaos;
id, pedidle al Abad, en nuestro nombre
y en el de Dios, para Galín asilo,
y accederá el Abad. Vuestra respuesta
aguardamos aquí. Pronto. Lo manda
Dios que es padre de todos,

GÜILDO

¡Si lo sabe
Don Ramiro!...

VALTERRA

¿Dudais?

GÜILDO

Pero...

LISANA

Es preciso
¡va la vida de un hombre y va la vuestra!

GÜILDO

¡También la mía!... Voy.

(Se dirige hacia la puerta del fondo.)

VALTERRA

¡Por fin, Lisana!

GÜILDO

(Tiemblo.)

LISANA

(A Valterra.)

Si el Abad quiere, le salvamos.

(Güildo hace sonar una campana. La puerta se abre y vuelve a cerrarse tras él, después de haber dicho:)

GÜILDO

Soy Güildo, hermano.

ESCENA III

LISANA, VALTERRA, después RAMIRO y buen golpe de *soldados*.

VALTERRA

¿Y cómo está el herido?

LISANA

Le queda poca sangre; si la herida
se le abriera otra vez, es muerto.

VALTERRA

¿Y cómo
le pudisteis salvar?

LISANA

No sé... Ayudome
mi leal escudero; ambos le dábamos
por muerto; le llevamos a mi estancia
y al ver que respiraba, como pude,
deprisa y mal, cerré y vendé su herida.
¡Yo daría mi vida por salvarle!
Compañero más fiel mi hijo no tuvo
y verle herido es ver a mi hijo, el día
que cayó, para siempre, en un combate.

(Entra Ramiro por la izquierda, seguido de una tropa de soldados. Algunos llevan hachas que alumbran pobremente. Valterra y Lisana se acercan a la puerta de la derecha.)

RAMIRO

¡No descanséis! ¡cazádmelo, podencos!
¡A peso de oro os pago su cabeza!
¡La mitad de mi reino al que lo encuentre!
Si consigue escapar, ¡la horca os espera!

(La tropa de gente armada acaba de atravesar la escena y sale por los arcos del fondo. Ramiro se deja caer sentado y se apoya en una mesa. Ha de oirse el jadear de su respiración. Lisana y Valterra dudan antes de hablarle.)

RAMIRO

(Por su corazón.)

¡Qué galoparme el corazón! Es potro
que mis entrañas pisotea...

LISANA

(Humilde.)

Alteza...

RAMIRO

(Levantándose, feroz, al verles: Lisana y Valterra inclinan la cabeza y salen por la izquierda.)

¡Lejos!... ¡salid!... Afrento al que me mira;
mi rostro no han de ver gentes con honra;
mancho como la lepra... Sólo un hombre
ha de mirarme, para hallar la muerte
en mis ojos y en mi hálito beberla!
¡El solo!... ¿dónde está?... ¡Yo he de encontrarle
aunque, buscando entre ellas, piedra a piedra,
se derrumben palacio y monasterio
y aun cuando tenga que arrancar, a trozos,
los cimientos del suelo con las uñas!

(Pausa. Queda con la cabeza oculta entre los brazos sobre la mesa. Se le oye gemir.)

¿Pero ella?... ¿qué fué de ella?...
En este instante
llora por él... ¡por él!... Porque ahora mismo
para él es la piedad ¡para mí, el odio!
Tengo celos de todo, aun de su herida,
¡y aun de su muerte los tendré, matándole!

(Pausa.)

¿Por qué él a mí no me clavó su daga?
Si yo fuera el herido, lloraría
esa mujer por mí; compadecida,

ya lo sé; no de amor, pero... de pena.

(**Levanta los ojos al cielo.**)

¡Dejádmelo pensar, aunque me engañe!...
Si yo fuera el herido, hasta ella, a rastras,
me acercaría suplicante; y ella,
para verme siquiera, acercaría
su frente a mí, inclinándola; y yo, entonces,
¡cómo la estrecharía entre mis brazos!...
Y al sentir en mi pecho el roce suave
de su mejilla, con entrambas manos,
le pondría sus labios en mi herida,
diciendo: «busca el corazón y cébate,
muérdelo, que es bien tuyo; hazlo pedazos.»

(**Pausa.**)

Se ahogaría... Y yo, entonces, no vería
su cara de satánica hermosura
porque, ojos, labios y mejillas, todo,
lo empañaría el velo de mi sangre
que rayarían, al caer, sus lágrimas...

(**Lanza una carcajada estrepitosa y fiera. En seguida prosigue con ira salvaje:**)

¡Ah, pero él estaría a nuestro lado,
esperando mi muerte, para hacerla
suya!... ¡No, no, jamás!... Dentro del pecho
te clavé mi puñal, profundo... ¡muérete!
y cuanto ella besó, que ahora lo besen
la tierra y sus gusanos, deshaciéndolo;
y si aun te quiere, abriendo tu sepulcro,
a holgarse en ti, la empujaré... ¡qué ruede!

ESCENA IV

RAMIRO, JIMENA

(Jimena llega por la derecha. La primera vez que llama a su hijo es antes de haber visto al Rey.)

JIMENA

(Hijo)... ¿Qué es de Galín?

RAMIRO

¿Y todavía
te atreves a nombrarlo, miserable?

JIMENA

¡Si es mi hijo!

RAMIRO

¡Callad!

JIMENA

¡Hijo!... Volvédmelo;
yo soy su madre; es mío.

RAMIRO

¡A latigazos
te arrojaré de aquí, si no enmudeces,
cáncer del reino de Aragón, manceba
de mi hermano!

JIMENA

¡Mentís! ¡En Dios lo juro!

RAMIRO

Con leche de tus pechos se criaron
nada más para mí, dos viboreznos:
tu hijo es el uno; mi mujer el otro;
¡en el halda incubaste el adulterio!

JIMENA

¡No lo digáis, señor! Antes, matadme;
pero volvedme al hijo.

RAMIRO

Te lo juro.
Te lo devolveré, de tal manera
que no te lo dispute, nadie nunca;
será bien tuyo, entonces. Ahora, aparta.

JIMENA

¡Mi hijo!... yo quiero verle, ha de decirme
él mismo que es verdad... yo no lo creo.
Y si pecaron y si es cierto el crimen,
yo, a quien siempre, los dos, llamaron madre,
les gritaré: «se afrenta el sol de veros;
mátate, Inés; y tú, hijo mío, mátate!»
O sin hablar, les mataré yo misma.

(Su fiereza acaba en un sollozo.)

RAMIRO

Yo no dudo, Jimena, y yo me basto
para hacerme justicia. Estaba fresca
sobre su piel, la sangre de la herida
que yo le hice, al saltar; basta esa prueba;
y en Aragón ya es pública la infamia.

JIMENA

Mas... si no es cierto... y si Galín muriese...

RAMIRO

¡Buscadle a esa mujer un nuevo amante
y rogad por Galín a Dios o al diablo!
Apartaos.

JIMENA

(Cayendo de rodillas.)

¡Señor!

RAMIRO

Basta.

JIMENA

No...

RAMIRO

¡Fuera!

JIMENA

¡No!

RAMIRO

(Apartándola y haciéndola caer.)

¡A tu oficio!

JIMENA

(Desde el suelo.)

¡Mal Rey!

RAMIRO

¡Así: la tierra
que te engendró, pues dió tal hija, muérdela;
que yo retiro el pie por no aplastarte!

ESCENA V

JIMENA

(Al principio habla en el suelo. Después se va alzando poco a poco. A medio monólogo vuelve a dejarse caer sobre las gradas donde se apelotona, como bestia herida, para defenderse.)

¡Señor!... ¿qué fué de mí?... ¿dónde estoy?... Nada
puedo pensar... ¡Señor!... todo es confuso
dentro de mi cabeza...

(Pausa.)

¡Ah, sí!... Ramiro
me arrojó contra el suelo... me persiguen...
¡no me mateis, piedad!

(Se ha alzado. Pausa larga. Después dice, triste y reposada.)

No: si estoy sola.

(Pausa.)

Me aborrecen porque... porque ellos buscan
a Galín...

(Súbitamente recobra la memoria y se horroriza.)

¡Le han herido! Sí... y ahora
tal vez se está muriendo de su herida...
¡quien le aparta de mí no tiene entrañas!

ESCENA VI

JIMENA, LISANA, VALTERRA, que vienen por la izquierda. después fray GÜILDO.

LISANA

No se da prisa el monje.

VALTERRA

¿Habrá mentido?

LISANA

No; tiene miedo.

VALTERRA

¿Esa mujer?...

LISANA

Veamos:
la madre de Galín.

VALTERRA

¡Pobre Jimena!

JIMENA

Por caridad, señores, dadme nuevas
de mi hijo!... ¿es que ha muerto?

LISANA

No.

JIMENA

¡Salvadle!

VALTERRA

¡Phst!... no os oigan.

JIMENA

¿Verdad... verdad, señores,
que es inocente?...

LISANA

Yo... quiero que viva
por la memoria de mi hijo.

JIMENA

(Emoción inefable.)

¡Oh, gracias!
Decidme dónde está... yo quiero verle.

(Se abre la puerta de la clausura dando paso a fray Güildo que trae un hábito en sus manos.)

VALTERRA

Nuestro hombre llega aquí.

LISANA

¡Por fin!

GÜILDO

Me han dado
para Galín este hábito; él lo vista,
por si le ven pasar, y en la clausura
su propia celda el padre Abad le ofrece.

LISANA

¡Gracias, Señor!

(A Güildo y Jimena.)

Quedaos vigilando.

(A Valterra.)

Vos, venid.

(Lisana y Valterra penetran en la cámara de segundo término, derecha.)

ESCENA VII

JIMEHA, GÜILDO, en seguida GALÍN, LISANA, VALTERRA

(Jimena y Güildo quedan vigilando.)

JIMENA

¡Qué inquietud!... ¡Si le sorprenden!
Yo quisiera rezar, pero... no pienso.

(Aparece Galín en hábito de monje, cubierto con la capucha y sostenido por Lisana y Valterra.)

LISANA

Abrazaos a mí.

VALTERRA

Sobre mi espalda
poned la mano.

JIMENA

¡Hijo! ¡Galín!

GALÍN

¡Oh, madre!

LISANA

Pueden oiros...

GALÍN

¿Y ella?...

JIMENA

¡Huye!... tu vida
está en peligro; el Rey...

GALÍN

Si es que ella ha muerto,
muera yo, que muriendo he de encontrarla.

JIMENA

Tu amor es criminal... ¡calla, hijo mío!

GALÍN

No es criminal, señora; Dios lo quiere.
Cuando, como ella y yo, dos se idolatran,
las leyes de este mundo y las divinas
se quiebran; y aparece
poderosa otra ley que hace pedazos
tronos, altares, pueblos y doctrinas...
Pero no me entendéis... Somos dos almas
que están bregando hasta fundirse en una;
dos venas que hacen sólo un pecho, unidas;
dos bocas que se besan y se besan
hasta apurar la eternidad besándose;
así ella, para mí; yo, para ella.
Si el mundo nos rechaza, y nos maldice
el mismo Dios, ¿qué nos importa, madre?
¡amando así, con el amor nos basta!

JIMENA

¡Horror! Era verdad... El Rey te juzgue;
debes morir, ¡yo, madre, te abandono!

VALTERRA

¡Los soldados del Rey!

JIMENA

(**Transición rápida.**)

¡Hijo!... ¡salvadle,
que es mío; le he llevado en mis entrañas!

(**Jimena, Lisana, Valterra y Güildo rodean a Galín: todo rápido.**)

LISANA

(A Galín.)

¡Venid a la clausura!

JIMENA

¡Oh, Dios!

VALTERRA

¡Aprisa!

GALÍN

(¡Inés!... ¡Inés!)

GÜILDO

¡Ya están aquí!

LISANA

Imposible:
¡recemos todos!

(Vuelve a atravesar la escena callada, lentamente, la tropa de soldados con hachas encendidas. Se oye el férreo trincar de las armas. Pasan muy lejos, sin salir de los arcos.)

JIMENA

¡Proteged su vida,
oh Dios del cielo!

LISANA

Pasarán...

VALTERRA

Pasaron.

JIMENA

¡Salvado!

LISANA

Ya van lejos.

GALÍN

¿Lo veis, madre?
No me quiere la muerte.

JIMENA

¡Oh!

LISANA

Pronto, ahora.
vámonos todos... Vos guiadle, hermano.

VALTERRA

Vamos.

JIMENA

(*Resistiéndose a dejarle*)

¡Galín!

VALTERRA

¡Que es por su vida!

LISANA

(Con autoridad, llevándose a Jimena y saliendo por la izquierda seguido de Valterra.)

¡Pronto!

GÜILDO

Ea... andando.

GALÍN

¡Esperad!... decidle a ella...

GÜILDO

Yo nada sé... Voy a llamar.

(Lo hace. Se abre la puerta de la clausura y en el mismo instante Güildo ve que alguien llega por la derecha.)

¡Se acercan!

¡Salvaos! Es la Reina.

GALÍN

(Sin dar un paso.)

(Es ella.)

GÜILDO

¡Entremos!

GALÍN

(Inés...)

GÜILDO

Ya no da tiempo... (El lo ha querido.)

(Güildo penetra en la clausura y la puerta se cierra tras él.)

ESCENA VIII

GALÍN, INÉS

(Acompañan a la Reina dos damas. Galín estará en un rincón donde la sombra le oculta. Inés no le ha visto.)

INÉS

(A las damas.)

Ahora dejadme; gracias.

(Se alejan las damas.)

Esta puerta
conduce a la clausura... Me dijeron
que Ramiro iba a entrar. Yo quiero hablarle
por la postrera vez: que él me perdone
o me mate a sus pies; bien lo merezco.

GALÍN

(Sin que ella le oiga.)

(¡Inés!... ¡amor!... ¡qué feliz soy, mirándola!)

INÉS

(Viéndole de pronto).

¡Galín!... ¡huye!

GALÍN

No, Inés.

INÉS

(Rechazándole).

¡No quiero verte!

GALÍN

¡Qué!

INÉS

La tormenta hierve ante nosotros.

GALÍN

Mejor... ¡en ella entremos, los dos juntos,
y por la eternidad, que ella nos ate!

INÉS

No... yo quiero salvarme... me horroriza
nuestra falta...

GALÍN

(Rasgando el hábito y arrancándoselo.)

¡Pues bien: sálvate sola!
Moriré por los dos ¡a mí, las lanzas!
¡estoy aquí! ¡soy el traidor!

INÉS

(Aterrorizada, tapándole la boca.)

¡No, calla
y huye, Galín!

GALÍN

(Sarcasmo.)

¡Qué importa que me maten!...
Para tí, es lo mejor. Mientras yo viva,
no te perdonarán... Tú vive... y vuelve
a esconderte en sus brazos, porque ahora,
ahora sabes querer y sabes cómo,
de corazón a corazón, va el fuego...
¡te lo he enseñado yo!... Ve... Ya lo sabes.

INÉS

¡Piedad!

GALÍN

No tengo.

INÉS

Adiós, por siempre.

GALÍN

¡Vete,
que yo sabré morir! La sangre escasa
que aun conservo, rasgándome esta venda
correrá hasta agotarse; y por la boca
de mi herida, con ella, saldrá mi alma
cansada de sufrir... ¡oh vida, basta!

INÉS

¡No, Galín!

GALÍN

Deja...

INÉS

¡No!

GALÍN

(Convencido.)

¡Pues tú me quieres!

INÉS

¡No!... te lo juro... fué locura, fiebre:..
Soy la mujer más vil que vieron siglos;
¡pero quererte, no! ¡primero muerta!

GALÍN

¡Ah, te engañas!... Escucha, manda, escoje.
¿Quieres huir? Iremos a unas tierras
donde no nos conozca nadie y nadie
sepa, del Rey, ni el nombre, ni los odios,
ni la vida mortal... Responde: ¿huimos?

(Inés tiene una crispación de horror y se aparta.)

¿O quieres que acabemos aquí mismo
los dos, muriendo de una misma herida;
pero, volando en libertad las almas?
Separarnos, jamás: decide, escoje:
escapar o morir.

ESCENA IX

INÉS, GALÍN, JIMENA

JIMENA

(Entrando.)

Morir.

INÉS

(Corriendo a sus brazos.)

¡Cien veces!

JIMENA

Morir.

GALÍN

¡Madre!

INÉS

Señora, sostenedme;
no me dejéis.

JIMENA

(Tristísima.)

¡Pobre de mí!... En mis tiempos,
bien que a los dos os he llevado en brazos,
y en un mismo cantar, bien que os dormía...

(Con desesperación salvaje rechazando a Inés.)

¿Por qué, al pedirle a Dios vuestra ventura,
si ella era tal, no me partí la lengua,
o no os ahogué a los dos en un abrazo,
o en mi pecho a beber no os di veneno!

(Extrae de su seno un frasquito que cuelga de una cadena; tira de ella partiéndola y arroja el pomo sobre la mesa.)

Pero aquí está... Como mi sangre entonces,
¡partioslo también y él os redima!

INÉS

¡Para mí!

GALÍN

No; que es mío.

INÉS

¡Oh!

GALÍN

¡No!

INÉS

¡Yo muera!

JIMENA

¡No!... ¡qué he podido hacer! .. dejad... volvédmelo.

(Se coloca entre ambos amantes y les arrebata el frasquito por cuya posesión disputaban.)

INÉS

¡Oh!

GALÍN

¡No!

JIMENA

(En un rapto de locura. Se le cae de las manos el veneno.)

¡Mío otra vez! ¡Oh, qué agonía!...
Yo les quiero a los dos... y ellos me matan.
Pero, aquí dentro ¡que zumbar!... Lo veo
todo negro... ¿qué es esto?

GALÍN

Madre...

JIMENA

(Tornando a la realidad; mirándole fijo.)

¡Sálvate!

GALÍN

Morir... Madre...

JIMENA

(Febril, a Inés.)

Tú, Inés, huye, hija mía.

INÉS

(Para tranquilizarla).

Si; os lo prometo... Adiós y para siempre.

(Galín hace un movimiento para arrancarse la venda cuando Inés va a salir; Jimena da un grito; Inés retrocede.)

GALÍN

¡Adiós, Inés!

JIMENA

¡No! ¡Inés!

INÉS

¡Ah, madre!

JIMENA

Espera

GALÍN

Mi deber es morir; vos lo mandasteis.

(Desesperación de Jimena que se lleva las manos a la cabeza, furiosa, desgreñándose.)

JIMENA

¡Sí, sí, morir!... En tierra y cielo, todo
parece que os acusa y todo os habla
de morir, ya lo sé... Pero, aquí dentro

(Por su cabeza.)

yo no sé qué mueve unas alas negras
y se columpia, en su vaivén, gritando:
«¡no has de querer! ¡no has de querer que mueran!
¡no, no; no has de quererlo!»... ¡Oh, libertadme
de esta furia interior que ríe y llora;
la siento aquí, clavándome las uñas...
«¡no has de querer!»... ¡no, no!... ¡me asorda!...
[¡oh, tregua!]

GALÍN

(Abrazándola.)

Madre...

INÉS

Por Dios...

JIMENA

(A media voz, moviendo la cabeza, riendo y llorando.)

No has... de querer...

INÉS

¡¡Señora!!

ESCENA X

INÉS, JIMENA, GALÍN, LISANA

LISANA

(Que viene por la izquierda.)

El Rey llega... y es tiempo todavía.

INÉS

¡Ramiro!

LISANA

Sí, Galín, venid, entremos.

INÉS

(Sin que nadie lo advierta se apodera del frasco que cayó a los pies de Jimena.)

(El veneno. Ya es mío. Estoy salvada.)

LISANA

Pronto.

(Galín vacila.)

INÉS

¡Vive, Galín, mientras yo viva!

GALÍN

(A Lisana.)

Vamos, Lisana.

LISANA

Tarde. Aquí, en mi estancia.
Salvado. No le han visto. Así... cerremos.

(Jimena queda abrazada a Inés. Galín en la segunda habitación de la derecha encerrado. Lisana ha salido por la primera puerta de la derecha.)

ESCENA XI

RAMIRO, INÉS, JIMENA

(Ramiro llega por la izquierda; la cabeza inclinada; avanza como un fantasma sin decir palabra en mucho rato.)

RAMIRO

Solo en el mundo. Soy el Rey... y todos
huyen, al verme, como de un cadáver...
¿Por qué no cavan para mí, en la tierra,

un hoyo hondo, tan hondo que a él no lleguen
ni raíces, ni luz del sol, ni lluvia?...
Ya todo en mí, hasta el alma, huele a muerto.

(Pausa.)

Lo que era noble y santo en ella, todo
lo consumió, como una hoguera, este odio.
El amor de mi esposa... el de la patria...
el de mi hija... y el de Dios .. ¡cenizas!

(Pausa.)

¡Oh, poned ante mí, Señor, aun vivo
a ese hombre aborrecido y, de rodillas,
sin palabra, con lágrimas de gozo,
suspirando, hasta él iré, como iba
a adorar a Jesús el Viernes Santo!...
Sepultaré mis manos en su herida,
y amasando con ellas sus entrañas,
el corazón le palparé en el pecho,
tiraré hasta arrancarlo y, sapo inmundo,
sin compasión lo estrellaré en las losas!

(Ramiro se cubre el rostro con las manos. Jimena se deja caer en tierra, junto a la puerta de Galín. Inés va acercándose a Ramiro. Jimena casi desparece en la oscuridad.)

INÉS

¡Dadme valor, Dios mío! Quiero hablarle;
pero que él no me vea... ¡oh, no!

(Le llama en voz muy baja.)

¡Ramiro!...
no puedo hablar... ¡Ramiro!

RAMIRO

¿Inés?... ¡la loba!
No te conozco ya... No sé quién eres.

INÉS

¡Piedad! Una palabra.

RAMIRO

Ni una sola.
Tú asesinaste a Inés y el alma mía
te llevaste con ella.

INÉS

Perdonadme
o arrancadme la vida.

RAMIRO

Te perdone
Satanás en su infierno. Es de él tu alma.

INÉS

(Abrazada a sus rodillas.)

¡No!

RAMIRO

Deja paso.

INÉS

No...

RAMIRO

(Desprendiéndose de ella y escapando.)

¡Ve!... ¡miserable!

INÉS

¡Ah!

RAMIRO

(Se detiene, llegando a la puerta de la izquierda, falto de valor para salir.)

¡No es posible, oh Dios! ¡si yo la adoro!
¡si tengo, ruín, en vez de sangre, lágrimas!

(No puede contener su emoción y llora desesperadamente. Inés advierte su vacilación y corre a él. Para no escucharla, Ramiro se tapa los oídos con las manos. Inés se cuelga de sus brazos, tratando de apartar sus manos y diciendo cada frase en voz más alta.)

INÉS

En el nombre de Dios que es justo, oidme:
en nombre del amor que me jurasteis;
¡en el nombre, señor, de nuestra hija!

(Ramiro la lleva apresuradamente al otro lado.)

RAMIRO

Habla... mas que no vean que te escucho.

INÉS

Yo os quise amar... la otra pasión bastarda
yo la ahogaba en mi pecho... yo quería

sentirme en vuestros brazos toda vuestra.
Mas vos erais de mármol, ¡desdichada
de mí! Todas las noches
yo le pedía a Dios que fuerais mío,
que me guardarais, para vos, esclava...
Nació nuestra hija... y yo me dije, entonces:
—¡Ahora es mío, por fin, y seré suya!
No: desde aquel instante, solamente
tuve a mi lado al monje... que rezaba.

RAMIRO

Rezaba, sí, pero sin fe. Mi lengua
fué para el cielo; para vos el alma;
para vos... ¿entendéis?... Cuando dormíais
me atraía el aliento a vuestra boca
y os besaba y huía... maldiciendo,
clavándome las uñas en la carne.
No os podía querer, porque mi vida
la he consagrado a Dios y soy del claustro;
no os podía querer; pero en mi pecho,
cuanto más lo cerraba, más entrabais.
Y estáis en él aun; y estaréis siempre;
porque os adoro más que a Dios, señora,
¿entendéis?... ¡más que a Dios... y sois de barro!
Sí, sí; más conmoción sentí en el alma
y con más furia estremeció sus alas
mi corazón ¡horror! al abrazaros,
¡que sobre el ara al levantar la hostia!

INÉS

¡Oh, me partís el corazón!... ¡callaos,
señor, ya que callásteis! Ahora...

RAMIRO

(*Con vehemencia, atrayéndola.*)

¡Dime
que no quieres a ese hombre! ¡Inés, confiesa,
dímelo, por piedad!

INÉS

No; no le quiero.

RAMIRO

¡Qué has dicho, Inés!... mas por la gloria júralo;
por la gloria del cielo, que yo te oiga;
aquí, sobre mi pecho, entre mis brazos,
jura que no le quieres, jura, ¡júralo!

INÉS

No... no puedo quererle.

RAMIRO

¿No lo juras?

INÉS

Señor...

RAMIRO

(*Con energía feroz.*)

¡Júralo!

INÉS

(*Con terror.*)

No...

RAMIRO

(Rechazándola con odio.)

¡Maldita seas!

INÉS

¡Perdón!

RAMIRO

¡Jamás! ¡sepúltate en el fango
ya que en ti, ahondando más, más fango es todo!

INÉS

¡Matadme!

RAMIRO

Manchas.

INÉS

¡Perdonadme!

RAMIRO

¡Mátate!
¡líbrame de tu horror!

JIMENA

¡Hija!... ¡hija mía!

RAMIRO

¡Hija de nadie!

(Al oir Inés las últimas palabras de Ramiro tiene un movimiento como de tigresa herida y parece que va a arrojarse sobre el Rey. Después de una rápida transición, apura el veneno y tira al suelo el frasco.)

INÉS

¡Oh, no!... Ya está. La muerte.

(Al verla vacilar, Ramiro corre hacia ella y la recoge en sus brazos. Inés, tras breves convulsiones, muere.)

RAMIRO

¡No, no! ¿qué hiciste, Inés?... ¡habla! ¡responde!
¡muerta!... ¡Sí, Dios eterno!

ESCENA XII

RAMIRO, INÉS, JIMENA, GALÍN, LISANA, VALTERRA, CORNEL, GÜILDO, WIFREDO, *damas*, *caballeros*, *monjes*, *soldados*.

(A los gritos de Ramiro, acuden todos a escena. Vienen, entre los personajes. los soldados con antorchas encendidas, llenando el cuadro de un siniestro resplandor.)

JIMENA

(Corriendo hacia Ramiro.)

¡Inés!...

RAMIRO

Ha muerto;
y el culpable, vuestro hijo, aun vive... Pronto!
mis lanzas, acudid, y hasta que diga
qué ha sido de Galín, dónde se oculta,
dadle tormento a esa mujer ¡prendedla!

(Los soldados caen sobre Jimena, volviendo a soltarla al oirse la voz de Galín.)

JIMENA

(Con terror: grito instintivo del corazón.)

¡Hijo!

GALÍN

(Desde dentro.)

¡Madre!...

RAMIRO

(Señalando.)

¡Esa puerta!
¡se ha delatado él mismo! ¡hundidla y muera!

(Los soldados astillan la puerta. Galín va a correr hacia su madre: en el acto se precipitan los soldados sobre él y lo acaban.)

JIMENA

¡Hijo!

GALÍN

Inés... Madre...

RAMIRO

¡Al cuello, con la daga!

LISANA

(Llorando).

Murió, señor.

RAMIRO

Ella también... Mi esposa,
el último.

(La besa.)

¡Hasta Dios!.. Ahora quedaos
vuestros hijos, Jimena: os los devuelvo!

(Jimena está sentada en un peldaño del fondo de la escena con la cabeza de su hijo muerto apoyada en sus rodillas. Ramiro, después de besar a Inés, la arroja también en brazos de Jimena, que lanza una carcajada, abrazando a ambos cadáveres, como si fueran dos niños. El Rey se dirige a la clausura, cerrando tras él la puerta que resuena lúgubre.)

JIMENA

¡Mis hijos!... hijos míos... chiquitines...

RAMIRO

¡Y para siempre adiós, mundo de horrores!

TELÓN RÁPIDO